

GONZALO BÁEZ-CAMARGO

EL COMUNISMO,
EL CRISTIANISMO
Y LOS CRISTIANOS

HX715
.B14

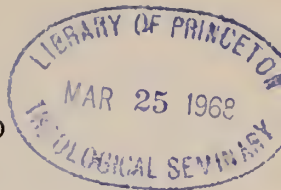
CASA UNIDA DE PUBLICACIONES



2715
14

EL COMUNISMO, EL CRISTIANISMO
Y LOS CRISTIANOS

GONZALO BAEZ-CAMARGO



EL COMUNISMO, EL CRISTIANISMO Y LOS CRISTIANOS



CASA UNIDA DE PUBLICACIONES
APARTADO POSTAL 97 Bis
MÉXICO, D. F.

EDITORIAL "LA AURORA"
CORRIENTES 728
BUENOS AIRES

Primera edición, 1960.

Portada de: MARIANO PAREDES



Propiedad asegurada conforme a la ley.

© (Copyright, 1960)

UNA PALABRA AL LECTOR

Innecesario es recalcar la actualidad del tema que se trata en las páginas que siguen. Está en la mente y en los labios de todos. Para algunos, constituye hasta una obsesión. Para otros es, inclusive, un pánico. ¡El comunismo! En esas condiciones, la mayoría encuentra difícil, si no es que imposible, tocar ese tema sin violentas emociones, ora en un sentido, ora en otro. Y así se crea una nube de confusiones, en medio de la cual no es fácil formarse un juicio realista y acertado.

El autor de estas páginas no pretende pronunciar la palabra final que aclare y despeje por completo el terreno en que se debate la cuestión. Sólo quiere, en primer lugar, acercarse al público en general, no tanto a los especialistas en cuestiones sociales, económicas y políticas, para sugerir la consideración serena, equilibrada y sin rabiosas predisposiciones de una u otra clase, de un asunto que juzga vital. Y en segundo lugar —puesto que la serenidad no es equivalente a la neutralidad— enfocar la cuestión desde el punto de vista cristiano evangélico. Es decir, a la luz de lo que, en su concepto, el cristianismo es y representa en sus fuentes originales.

El material de este ensayo formó, en un principio, las Conferencias "Elizabeth M. Lee", pronunciadas en reuniones que patrocinó el Seminario Evangélico de Teología, de Matanzas, Cuba, a principios de 1954. Después se utilizó, con alguna revisión, en conferencias dadas en el Centro Estudiantil "Alberto Schweitzer", en la Ciudad Universitaria de México, D. F. Se publican a petición de algunas personas que las escucharon, ya fuera en una u otra ocasión.

Como destinado este trabajo —según se dijo antes— al público general, se ha reducido al mínimo el aparato de citas y referencias. Y no se da bibliografía. Las obras sobre el tema son numerosas y variadas. Al lector que desee entregarse a un estudio más a fondo del tema, no le será difícil consultar catálogos y visitar bibliotecas para tal fin.

México, D. F.

Verano, 1960.

G. B.-C.

EL COMUNISMO, EL CRISTIANISMO Y LOS CRISTIANOS

INTRODUCCION: EL DILEMA DEL MUNDO ACTUAL

1. *Aspectos político e internacional de la cuestión.*

El comunismo se nos presenta hoy, ya no como una simple cuestión ideológica ni como un asunto interno de planeación o estructuración económica y social. La cuestión asume actualmente la forma franca de un antagonismo político internacional. El mundo está dividido en dos grandes facciones o zonas de influencia. Por un lado la URSS y los países satélites. Por el otro lado los Estados Unidos y sus aliados.

El primer sector representa, a manera de común denominador, una radical transformación económica y social. Pero no es eso, en realidad, lo característico de dicho sector, aunque el radicalismo es más agudo en él. Su común denominador está en el régimen totalitario por el cual se gobierna. Son regímenes altamente centralizados, en los cuales la opinión pública no influye, sino al revés: ellos son los que forman la opinión pública de acuerdo con sus fines. El crimen capital, bajo estos regímenes, es disentir. Son regímenes policíacos. Todo está subordinado al Estado. Aspiran, por una parte, al establecimiento del sistema comunista en su propio territorio, y por la otra, a ejercer una creciente dominación sobre los países vecinos.

En el bloque opuesto de países, llamado por antonomasia

“el mundo libre”, los denominadores generales son la libertad y la democracia. Pero sólo en términos generales. Porque militan en dicho bloque no solamente regímenes que podríamos llamar democráticos. Hay también países en los cuales rigen tiranías. Países de orientación fascista. Y junto con ellos, democracias socialistas, y hasta un país comunista, independiente de la URSS: Yugoslavia.

La forma en que se dividen, pues, estos dos grandes campos, muestra la existencia de un conflicto más de poder que de ideología. Es verdad que la preponderancia del bloque de la URSS y la China Roja, comportará en general la implantación de regímenes afines, es decir, comunistas, en los demás países del mundo. Y también es cierto que la preponderancia del bloque opuesto, significará en términos generales la liberalización y democratización de los sistemas en todo el mundo. Pero al parecer, en las directrices políticas que rigen en uno y otro lado, la cuestión de los sistemas es solamente secundaria. Tiende a convertirse en un medio más que en un fin. La implantación de determinados sistemas sociales y económicos, por una y otra parte, propende a convertirse simplemente en el medio más expedito por el cual los bloques respectivos pueden obtener el predominio mundial.

Insistimos en la importancia de percibir esta verdadera índole del dilema que se le presenta al mundo actual. Porque los idealistas de una y otra parte, es decir, los que adoptan ya sea el comunismo o la democracia liberal como materia de principio doctrinario, se verán encarados a cada paso por confusiones y contradicciones, y se quedarán perplejos ante los actos que de una parte o de otra se ejecutan, muchas veces sin referencia directa a una cuestión de ideología. Así, por ejemplo, el comunista sincero, el comunista de principios, se sentirá por lo menos desconcertado, si no es que desengañado, cuando la URSS deja caer todo el peso de su poderío militar sobre los insurrectos de Hungría. No puede concebir,

naturalmente, cómo la "patria del socialismo obrero" puede lanzar tanques contra los obreros y los estudiantes húngaros. Ya que éstos, ideológicamente hablando, siguen fieles al socialismo, sólo que buscan un camino independiente, nacional y patriótico para alcanzarlo.

Y por el otro lado, el demócrata idealista recibirá verdaderos choques psicológicos, al ver cómo privan en el sector del llamado "mundo libre" regímenes que destilan sangre, como los de algunos dictadores latinoamericanos, y dictaduras de clara médula fascista, y de antecedentes nazis bien definidos, como el despotismo franquista en España.

A pesar de la existencia de estos campos antagónicos hay algunas naciones que se esfuerzan por ser "neutrales". Pero ésta es una "neutralidad" cada vez más difícil de mantener. Y con frecuencia se puede caer en un "neutralismo" de condescendencia, que en el fondo fortalece a uno o a otro de los dos bandos. Esto pasó con el "neutralismo", por ejemplo, de Nehru en la India. En nombre de la "neutralidad", el régimen indostano se sumaba, en la práctica, a las iniciativas y corrientes de la política soviética. Adoptó una posición de antagonismo al occidente. Sólo para despertar a la realidad, cuando las actividades de los comunistas en su propio país, se tornaron sumamente peligrosas para la estabilidad del régimen, y más todavía, cuando la China Roja se lanzó a una abierta política de agresión en el Tibet y el Nepal.

La posición de la América Latina en esta situación, es también sumamente difícil. Por su situación geográfica, por vínculos continentales de los cuales no puede prescindirse, sin que eso resulte un conato de suicidio, los países de Iberoamérica se encuentran muy naturalmente dentro de la órbita de influencia de los Estados Unidos de América. Por eso mismo, constituyen para la política soviética, una presa altamente codiciada. Y el dilema para nuestros países es el siguiente: por razones de solidaridad geográfica y de simple vecindad, com-

prenden que su porvenir está cifrado en la amistad y las buenas relaciones con los Estados Unidos. Pero por este lado se corre el peligro, que ya se ha puesto de manifiesto en más de una ocasión, de quedar a merced, no del pueblo norteamericano precisamente, pero sí de ciertos grandes intereses financieros, que por razón de su propia conveniencia, encauzan sus actividades por caminos que pueden, con toda propiedad, denominarse imperialistas, ya sean de carácter simplemente económicos, o ya asuman, como en tiempos pasados, una forma abierta de intervención militar. Y por el otro lado, si intentan, como lo demandan sus intereses nacionales, poner ciertas limitaciones a las actividades de esos grandes intereses financieros, se exponen, y también de ello hemos tenido ya suficiente prueba, a servir de parapeto y de terreno propicio a los agitadores que se mueven por directivas de una potencia extranjera y lejana, y que también pasan por encima de los intereses nacionales que se deberían defender.

Ante este dilema se ha hablado de una "tercera posición". Pero tampoco este camino está despejado de escabrosidades. Hay que recordar desde luego el ejemplo de la Argentina del dictador Perón. Ahí se habló de una "tercera posición", que no estuviera ni con el comunismo soviético, ni con el capitalismo norteamericano y occidental. Se le llamó "justicialismo". Pero en el fondo, lo que resultó fue un simple fascismo embozado. Un régimen que, a pesar de cualquier reparo o diferencia puramente de teoría, resultaba afín por su entraña totalitaria, al régimen soviético. Y por esta índole interna de dicho movimiento, se vio lo inaudito en la Argentina, o sea que los comunistas, por lo menos en momentos decisivos, apoyaron francamente a Juan Perón.

Y sin embargo, debe de haber una "tercera posición". No en el sentido, como se ha intentado erróneamente a veces, de un "término medio", una transacción, algo que no sea ni frío ni caliente, ni chicha ni limonada. Sino una tercera posición

en el sentido de ir más a fondo del asunto. De llegar a las raíces profundas del malestar social, y no conformarse con medidas puramente externas, que procuran sólo cambiar los sistemas y que no tienen en cuenta las más hondas realidades humanas.

La cuestión, pues, va mucho más allá que una simple toma de posiciones en ese cuadro que presentan hoy las fuerzas de la política internacional. El problema del comunismo es más profundo que esa simple toma de posiciones, ya como reyes y reinas, ya como alfiles y torres, ya como simples peones, en el tablero de ese ajedrez internacional.

Para el cristiano, sobre todo, la cuestión tiene mucho más fondo. Porque como cristianos, si bien tenemos obligaciones para con nuestros propios países y sistemas, nuestra lealtad última trasciende tales obligaciones. Nuestra lealtad última está empeñada con Jesucristo y los valores eternos de verdad, justicia y amor que El encarna. Estamos comprometidos esencialmente a buscar y seguir la verdad dondequiera que la encontremos, sin referencia a bando alguno. Estamos obligados a buscar y a seguir la justicia, propugnándola en todas las situaciones en que podamos reconocer que se encuentra en peligro, o atropellada. No podemos comprometernos incondicionalmente con el orden establecido, ni tampoco podemos acoger sin discernimiento alguno cualquier nuevo sistema que se nos presente en sustitución.

Y estamos obligados a proceder en todo tiempo, y con referencia a cualquier asunto, en el espíritu del amor. Un amor que se ha de extender también a los que difieren. Estamos obligados, en suma, a procurar ardientemente, en un espíritu de amor, y siendo leales al Señor de señores, que la verdad y la justicia imperen en el mundo.

De acuerdo con esto, nuestro primer deber es buscar y reconocer la verdad sobre el comunismo. En segundo lugar, percibir claramente las implicaciones sociales del Evangelio que

profesamos. Y en tercer lugar, emprender una acción práctica, individual y colectivamente, para que estas implicaciones sociales se realicen en el mundo en que vivimos.

2. *La acción comunista mundial: métodos y tácticas.*

Invirtiendo los términos usuales en que se analiza toda cuestión, enfocaremos primero la *acción comunista* en el mundo presente, y de allí pasaremos a considerar la teoría o doctrina en cuyo nombre se emprende dicha acción.

Los métodos y tácticas comunistas, son, en lo general, relativamente conocidos. El movimiento comunista se nos presenta en la actualidad como una red política internacional de movimientos nacionales, perfectamente coordinados por la obediencia a una dirección central, que determina las posiciones y las actividades específicas de las "unidades nacionales". Esta red, aunque internacional, lo es en un sentido que llamaríamos *supranacional* sólo con referencia a las naciones en que opera, excepto la URSS misma. No es supranacional en el sentido de trascender los intereses particulares de toda nación, ya que definitivamente trabaja el interés de una nación: la URSS.

Ese movimiento opera por medio de las siguientes agencias:

En primer término está el Partido Comunista mismo. En proporción y numéricamente, es en todas partes, incluso la URSS misma, de muy limitadas dimensiones. Pero en cambio, actúa con una implacable disciplina. Para una acción penetrante y eficaz, esa disciplina compensa con excedente, la relativa "debilidad" numérica de los miembros del Partido.

Pero además de este órgano central, el movimiento comunista cuenta con las más numerosas y variadas organizaciones "de pantalla". Algunas de ellas son organizadas desde una sombra más o menos tenue, por el Partido mismo, y desde un

principio responden en su estructura y organización, a los fines de éste. Otras, que pudieron haberse originado en otras fuentes, pero que parecen muy adecuadas para servir a los fines del Partido, son capturadas, remodeladas y reorientadas, por elementos comunistas que se infiltran en ellas y logran obtener el predominio en su dirección.

En cuanto a los fines oficiales de dichas organizaciones, pueden variar casi sin límite. Generalmente presentan un frente artístico, cultural y hasta humanitario. Otras, se abanderan con estandarte de buenas causas, que en sí apelan a la conciencia y el interés de los hombres de buena fe. Esas organizaciones son de dos clases: unas, de carácter nacional; otras, de índole internacional. Pero la forma usual es que las primeras sean simplemente ramas de las segundas, porque esto facilita mucho más "el control" desde un órgano central, que, como es sabido de todo el mundo, reside en la URSS. Las más grandes organizaciones internacionales "de pantalla" que existen en estos momentos, son las siguientes:

1. Consejo Mundial de la Paz.
2. Federación Mundial de Sindicatos.
3. Federación Mundial de la Juventud Democrática.
4. Unión Internacional de Estudiantes.
5. Federación Democrática Internacional de Mujeres.
6. Federación Mundial de Sindicatos de Maestros.
7. Federación Internacional de Abogados Democráticos.
8. Federación Mundial de Trabajadores Científicos.
9. Organización Internacional de Periodistas.
10. Congreso Mundial de Médicos.
11. Organización Internacional de Radiodifusión.
12. Federación Internacional de Luchadores de la Resistencia.
13. Comité Internacional para la Promoción del Comercio.

El Partido cuenta, además, con un número difícil de precisar en cada caso, de los llamados "compañeros de camino". Son personas que siguen las direcciones y consignas del Partido, sin identificarse abiertamente con él. Es más, una condición indispensable para la actividad eficaz de esta clase de colaboradores, es que no sean miembros del Partido. A los anteriores, que llevan a cabo una labor más o menos sistemática, se añaden los que podríamos llamar "jugadores de la pelota". Son personas que ocasionalmente, y sin mayor compromiso, se prestan a seguir el juego de las consignas comunistas.

En cuanto a la acción misma hay una extrema elasticidad de táctica. No existen consideraciones racionales o morales absolutas. Tanto con respecto a la verdad, como con respecto al bien y al mal, hay en la práctica un relativismo extremo. No se tiene temor, en ese sentido, de llegar a las más flagrantes contradicciones e inconsistencias, pero en el fondo hay una consistencia implacable en cuanto al fin último de la acción: todo debe servir a los supremos intereses de la política internacional de la URSS. Un comunista puede traicionarlo todo, menos eso.

Táctica favorita es la de aprovechar toda clase de descontento y malestar que se produzca en el medio en que los comunistas actúan. Se infiltrarán, pues, en cualquier movimiento de protesta, y mientras más justo sea éste, tanto mejor. Pero el fin último no es obtener lo que dicho movimiento busque, hacer triunfar la causa con que se ha abanderado, sino desviarlo, a fin de que sirva a los propósitos particulares del Partido y de quienes dictan a éste sus consignas.

La actividad comunista se desarrolla entre todas las clases sociales, pero principalmente entre los trabajadores y los intelectuales. Y en cuanto a estos últimos tiene una marcada preferencia por los estudiantes, cuyo entusiasmo y generosidad espontáneos, no siempre poseen el discernimiento y la

cautela que dan la madurez y la experiencia. Por consiguiente, no han logrado tantos triunfos ahí donde las normas de vida de los trabajadores son más o menos elevadas, y donde existe una legislación laborista avanzada.

Es obvio que uno de los fines, más o menos inmediatos, de la actividad comunista en cualquier país, es la captura del poder. Esto va de acuerdo con la ortodoxia comunista. Examinando la historia de los casos en los cuales tal cosa se ha logrado, podemos marcar los pasos que se siguen para ello. En primer término, y valiéndose de las organizaciones y medios que antes hemos mencionado, viene lo que podría llamarse la preparación "pacífica" de la acción. Comprende la captura de puestos claves en el mayor número posible de organizaciones, a fin de hacer atmósfera y abonar el terreno para la acción directa que vendrá después. Dicha acción directa asume generalmente una de dos formas. Puede ser la de insurrecciones armadas internas. Así se vio en el fallido caso de Grecia. Por otra parte, en el caso triunfante de China. Después se ha visto en el Vietnam. Ultimamente, en el caso de Laos. Otras veces, el pivote de la acción comunista, es una franca agresión armada desde el exterior, como se vio en el caso de Corea. Y en todos estos casos, se hace uso del famoso invento fascista de los "voluntarios", que no son otra cosa que tropas extranjeras de línea, bajo disfraz. Este invento fascista se puso por primera vez en obra, en gran medida, en el caso de España.

La otra forma de actuar, es yendo directamente al golpe de estado. Esto se ha ilustrado principalmente en los países de la Europa Oriental. Los "pasos" estuvieron muy bien marcados. Primeramente, una participación activa de los comunistas en la resistencia contra el nazismo y en la liberación nacional. Después de la liberación, e invocando la actividad que se ha mencionado, una participación activa en los gobiernos de coalición y de frente popular. En tercer lugar viene el

aprovechamiento táctico de esa participación para reunir recursos (inclusive armas), obtener puestos claves (especialmente el Ministerio del Interior, del que depende la policía, el Ministerio del Trabajo, y otros) y despeje de los "estorbos", o sea la eliminación política y aun la liquidación violenta de los directores políticos de los demás partidos, que podrían oponerse a los planes comunistas. Por último, cuando ya se tiene suficiente dominio de la situación, y de todos los resortes del gobierno de coalición, vienen el golpe de estado y la instauración de un régimen totalitario comunista.

3. Dilema de actitudes y deslinde de campos.

Ante ese panorama, son varios los caminos que pueden seguirse. El primero es el de la complacencia o la indiferencia. Se cierran los ojos a las maniobras comunistas. Peor aún, se cierran los ojos a las condiciones sociales y económicas que ofrecen al comunismo terreno propicio para desarrollarse. Esta es una tentación muy particular para los cristianos, que suelen adoptar la actitud de "sólo nos conciernen las cuestiones puramente morales y espirituales". Lo cual es, hasta cierto punto, cierto. Sólo que en las situaciones sociales, económicas y aun políticas, están en juego grandes principios morales y espirituales.

Otra actitud que puede seguirse es la del pro comunismo. Esta puede ser simplemente negativa. Hay muchos que son pro comunistas simplemente por rebote. Entre nosotros, por sentimiento antiyanqui. O puede ser también una simpatía general hacia las proclamas comunistas, que nace de un vago sentimiento de justicia social, de interés por los de abajo, acoplado a una ignorancia sobre lo que pretende ser y lo que es realmente el comunismo. Esto es lo que llamaríamos un pro comunismo ingenuo.

Y hay la actitud de anticomunismo militante. También esta actitud se resiente de negatividad. Los *antis* son generalmente nocivos. La motivación del anticomunismo puede ser el miedo de intereses amenazados, el temor a la violencia, el fanatismo religioso, la ignorancia. Y esa actitud puede llegar hasta un terror pánico que conduce a excesos. Por simple histeria anticomunista se cometen crasos errores.

Ya iremos viendo cómo ninguna de esas actitudes es sana y sensata. Mucho menos en un cristiano. Pero, respecto a esto último, no quiero decir que el cristiano no deba estar opuesto al comunismo. Lo que digo es que su actitud no debe ser puramente negativa, no debe estar inspirada simplemente por el egoísmo o por el miedo.

Debe de haber, pues, una posición realmente positiva, que rompa con la complacencia frente a los problemas agudos del medio en que vivimos, y que, sin dejarse arrastrar por los arrebatos de un anticomunismo histérico, tampoco se preste a hacerles el juego a los planes comunistas.

4. *El verdadero dilema.*

La consideración del cuadro general que ofrece la situación social, económica y política del mundo, y más en particular de Iberoamérica, debería llevarnos a comprender que el dilema de fondo con que nos encaramos en la actualidad, no consiste en decidir si vamos a estar del lado de la URSS o del lado de los Estados Unidos de América. El dilema no es entre el comunismo activo y un estéril anticomunismo. Tampoco entre sostener a toda costa el *status quo*, con todas sus limitaciones y aun aberraciones, o lanzarnos abiertamente en brazos del comunismo.

Situaciones económicas y sociales angustiosas; países subdesarrollados; subsistencia del colonialismo, ya abierto, ya en

formas atenuadas pero no menos deprimentes al desarrollo autónomo de los pueblos; opresión de minorías étnicas, sociales o religiosas; discriminación racial en diferentes grados; desnutrición infantil; enfermedades endémicas; tiranías sobre el pensamiento y la conciencia; contraste ominoso entre la acumulación de grandes fortunas en manos de unos pocos, por un lado, y la extrema miseria de grandes sectores de las masas, por el otro: todo esto, y más aún, resalta, aun sin dejarnos llevar por el pesimismo, en el cuadro general que las grandes mayorías humanas ofrecen en nuestros tiempos.

Y entonces, el dilema verdadero aparece netamente a nuestros ojos. Es el de si ha de mantenerse a toda costa esa situación, lo cual sólo pospone el problema sin resolverlo, o si ha de efectuarse una profunda transformación económica y social. Y luego, dentro de ese dilema fundamental, este otro: si esa transformación ha de efectuarse por medio de una revolución social incruenta, o por medio del terror y la violencia que propugna el comunismo. Y en cuanto a éste último, hay que deslindar si en la actualidad el movimiento comunista se propone realmente, como objetivo último, corregir esas injusticias sociales y económicas, o si eso es solamente la bandera bajo la cual se amparan los intereses egoístas de determinadas naciones, en detrimento de las otras.

En suma, no se trata, frente al problema del comunismo, única y simplemente de resistirlo y contenerlo, sino de establecer regímenes de justicia social inspirados en el sentimiento de la dignidad humana, la libertad y la fraternidad. Porque la única manera de neutralizar el comunismo, es aventajar a los comunistas en el interés y en la acción a favor de las masas oprimidas y desposeídas. Es necesario, por decirlo así, adelantárseles en la acción revolucionaria.

“La única manera —dice Waldo Frank de atacar estos valores (los del comunismo) no es predicar contra su grosería y falta de moralidad, sino superarlos. . . Desde este punto

de vista, nuestras baterías de literatura anticomunista son tan eficaces como las cataratas de agua que, para extinguir un incendio, vertiésemos no sobre las llamas, sino sobre el reflejo de estas llamas en la nieve distante".

En una palabra, la perspectiva que tenemos delante, es llevar a cabo los cambios sociales y económicos urgentes, inaplazables, que demandan la justicia y el amor activo. Es poner en marcha, cuanto antes la Revolución profunda, radical, pero pacífica, democrática, que hará innecesarias las revoluciones. Dicho en términos netos, la única manera de evitar la revolución comunista, con todas sus implicaciones de dominio de un poder extranjero, es realizar dentro de cada país, la Revolución liberal, socialista, democrática, simplemente humana.

5. *La gran cuestión para las iglesias y para los cristianos.*

Tal es, pues, a nuestro parecer, el verdadero dilema del mundo actual. Un dilema que se plantea, ante todo, en un plano ético. Una cuestión, en el fondo, de espíritu. ¿Cómo se plantea y resuelve dicho problema?

No se resuelve poniéndose incondicionalmente de un lado o de otro en el plano político nacional e internacional. Escoger uno u otro de los cuernos de un dilema de índole externa, y por tanto falso, sería equivocarnos. La gran cuestión es decidirse por el respeto de la dignidad de la persona humana contra su desconocimiento o degradación. La lealtad incondicional, la adhesión suprema de los cristianos, sólo puede dársele a Cristo. Y Cristo significa el bien, la justicia, la libertad, el amor para todos.

Estar *en* el mundo, pero sin ser *del* mundo, que es la índole de la Iglesia, significa, paradójicamente, ante la angus-

tia y la aflicción del hombre, desligarse, sin sustraerse; entrar en acción, sin comprometerse con nadie sino con Cristo.

6. *Conclusión.*

En resumen, frente al problema específico del comunismo, nos es necesario a los cristianos:

1) Entender que el verdadero problema no es el comunismo en sí, como ideología o doctrina, ni siquiera como movimiento, sino las condiciones económicas, sociales y espirituales, que ofrecen lugar, campo y bandera para que surja, medre y se convierta en amenaza el movimiento comunista militante.

2) Conocer lo más a fondo que se pueda, lo que es el comunismo, sus aciertos y sus fallas, sus verdades y sus errores, su contenido real, su verdadera índole.

3) Redescubrir y recobrar el aliento transformador, revolucionario del cristianismo evangélico, y tener conciencia de los cambios radicales que el Evangelio comporta tanto para el individuo como para la sociedad.

4) Entregarse a la acción social transformadora que resulta del entregarse verdaderamente a Cristo y a su Reino.

Reflexionar sobre estos aspectos de la vocación cristiana ante el verdadera dilema del mundo actual, es el objeto y el tema del presente ensayo.

I

EL COMUNISMO, SEGUN EL MARXISMO CLASICO

1. *Hay varias clases de comunismo.*

El término *comunismo* cubre en realidad una gran variedad de casos y de movimientos. Existe un comunismo primitivo que se da, por ejemplo, entre los indígenas antiguos de América. La propiedad de la tierra es comunal. Los casos más notables fueron el *calpulli* de los aztecas, y la organización agraria bajo el régimen de los incas, en el Perú. La Iglesia Cristiana primitiva practicó también una forma de comunismo (Hch. 4). El régimen de las órdenes monásticas es de comunidad de bienes. Y en la historia de las ideas económicas y sociales, se podrán encontrar muchas variedades utópicas de comunismo.

Pero en el concepto moderno se aplica el término comunismo, a una forma particular, podría decirse extrema, del socialismo. Según Emilio Durkheim: "Es socialista toda doctrina que preconiza el enlace de todas las funciones económicas o de algunas de ellas, que hoy aparecen difusas, con los centros directores y conscientes de la sociedad". En este sentido el socialismo se opone al capitalismo, que, esencialmente, consiste en promover la producción por medio de la concentración de capitales y el empleo de trabajo asalariado, dejando las funciones económicas al arbitrio de la iniciativa privada y la libre competencia.

Hay variedades en el socialismo, según las funciones económicas que se enlazan, el modo de enlazarlas, los centros directores en que se enlazan (¿Estado, sindicatos, municipio?) y el método que se sigue para restablecer y mantener dicho enlace. El comunismo propiamente dicho preconiza el enlace de *todas* las funciones económicas a base de *propiedad* social o común de las fuentes de producción (tierra, instrumentos de trabajo, servicios públicos, etc.), distribución y crédito, ejercida exclusivamente por el Estado, el cual está representado por un gobierno central con poderes absolutos. El enlace se establece mediante la revolución violenta y la fuerza.

Aunque el comunismo es teóricamente una forma de socialismo, en la actualidad reservamos el nombre de socialismo a las variedades que no son esencialmente comunistas. Y el de comunismo queda para la forma descrita, y más específicamente para el *comunismo marxista*. Todavía más, en la actualidad, cuando se habla de *comunismo*, se quiere decir generalmente el comunismo de tipo soviético (éste incluye, hasta cierto punto, la forma que asume el comunismo chino en la actualidad).

2. Orígenes o fuentes ideológicas del marxismo.

Karl Marx (1818-1883) nació en Tréveris, Prusia, de una familia de judíos convertida al protestantismo en 1824. En 1841, obtuvo su grado de Doctor en Filosofía, y dos años más tarde fue a París, donde conoció al que iba a ser su gran colaborador, Federico Engels. Estuvo después en Bruselas y luego volvió a Prusia, de donde lo expulsaron en 1849. Trató primeramente de ir a París, pero éste lo repudió, por lo cual se refugió en Londres, donde vivió hasta su muerte.

Marx era más un periodista que un filósofo. Pero estaba muy versado en la filosofía de Hegel, en la cual le intere-

saba principalmente la doctrina de la dialéctica de la historia. Como se sabe, Hegel concebía el Pensamiento, (el "Espíritu") como el motor de la historia, y por eso a su sistema se le denomina "idealismo histórico". La marcha de la Historia, según Hegel, se efectuaba por la constante contraposición de opuestos, en un juego de "tesis", "antítesis" y "síntesis".

Marx estudió también profundamente la filosofía de Ludwig Feuerbach, quien sustentaba el materialismo, y además el antagonismo a la religión. Combinando la idea hegeliana de la dialéctica de la Historia, con el materialismo de Feuerbach, Marx formuló su sistema, denominado materialismo histórico o dialéctico. La diferencia con Hegel consistió en que en vez de hacer el Pensamiento el motor de la historia, concibió a la Materia como el elemento que desempeña dicho papel. Y por Materia, en el caso de Marx, se entienden principalmente los recursos materiales para el sostenimiento de la vida y la manera como están organizadas las funciones para producirlos y distribuirlos.

Marx elaboró su sistema con el método del sabio de gabinete. Encerrado en la Biblioteca del Museo Británico de Londres, y entregado a extensas e intensas lecturas, redactó su obra monumental: *El Capital*. En ella desarrollaba en considerables dimensiones, algunas ideas que se encontraban ya en germen en el "Manifiesto comunista" que, con la colaboración de Engels, había publicado ya en 1847.

Inglaterra, que en aquel tiempo se encontraba atravesando por la gran Revolución Industrial, ofreció a Marx un ambiente propicio para sus observaciones empíricas. La introducción de los grandes telares mecánicos había dado por resultado la eliminación casi repentina del pequeño artesanado, y dado lugar al establecimiento de grandes plantas textiles, para sostener las cuales era necesaria una creciente concentración de capitales. Al aparecer las grandes fábricas y quedar eliminado el pequeño industrial, aparecieron las masas obre-

ras asalariadas y desposeídas, lo cual dio lugar a profundos trastornos sociales. Inspirado por una simpatía apasionada hacia el obrero manual, que tenía su contraparte en un concentrado rencor contra el sistema industrial que ocasionaba todos esos trastornos, Marx fue elaborando sus principales doctrinas.

3. *Doctrinas principales del marxismo clásico.*

Marx pretendió que su socialismo era de carácter "científico", en contraposición al socialismo utópico representado por reformadores y teorizantes sociales como Owen, Saint-Simon y otros. Y le denominó así porque pretendía haber descubierto leyes económicas semejantes a las biológicas, y fundarse en ellas para elaborar su sistema.

Nótese, sin embargo, la índole apriorística y deductiva de la marcha del pensamiento, que condujo a Marx a la fundación de su sistema. Estudiando a Hegel y a Feuerbach, concibió una tesis o noción filosófica, la del materialismo histórico o dialéctico. Luego estudió, especialmente en los libros del Museo Británico, y al observar de paso los fenómenos económicos y sociales que estaban teniendo lugar en Inglaterra en aquel tiempo, le pareció encontrar comprobación de su tesis. Podemos decir pues, sin temor de ser injustos, que por lo menos el proceso que más sirvió para la elaboración de su sistema, no puede de ninguna manera llamarse "científico". Es más bien, escolástico.

El procedimiento científico habría consistido en partir, sin nociones preconcebidas, de la observación directa e inmediata de los fenómenos económicos y sociales de su tiempo. Y luego en razonar de acuerdo con el método inductivo, para llegar a determinadas posiciones o tesis. Intervenía, además, en el proceso de pensamiento de Marx, un elemento emotivo.

Era esa simpatía —a que nos hemos referido antes— con los padecimientos que a los obreros les estaba ocasionando la Revolución Industrial. Simpatía que mucho honra a Marx como hombre, pero que afecta desde luego su objetividad como el científico que pretendía ser.

“La ideología marxista —ha dicho Benedetto Croce— es uno de los casos más conspicuos, especialmente en nuestros tiempos, de la particular propensión que opera en todo tiempo, a introducir en la historiografía conceptos que nacen de luchas económicas y políticas, morales y religiosas, y que sirven a éstas, pero que son ineptos, producen confusiones y resultan sofísticos, siempre que se les transporta al campo teórico”.

Engels, el gran amigo y fiel colaborador de Marx, solía decir que “los dos grandes descubrimientos” de éste eran: “la concepción materialista de la historia” y “el secreto de la producción capitalista por medio de la plusvalía”.

La “concepción materialista de la historia” o materialismo histórico, se identifica en ciertos aspectos con el determinismo económico. Marx pretendía que todas las formas de existencia del individuo y la sociedad: ideas, sentimientos, costumbres, creencias, instituciones, etc., se derivan de las condiciones de su existencia material, especialmente de “las condiciones de la producción”. Al efecto decía: “La estructura económica de la sociedad (es la) base real y efectiva sobre la que se traza la estructura jurídica y política correspondiente a formas determinadas de la conciencia social”. Y por su parte Engels explicaba: “Todos los fenómenos históricos se explican si se conoce el estado económico de la sociedad. . . Las ideas y creencias de una época determinada, se explican también de manera sencilla por la interpretación de las condiciones de vida económica dominantes en la misma”.

La teoría marxista de “la plusvalía” se funda en el concepto de que lo que da valor a un producto es *exclusivamente*

el trabajo que los operarios invierten en él. En realidad, se trata de una doctrina del famoso economista clásico David Ricardo, que Marx adopta, sólo que éste piensa principalmente en el trabajo manual del obrero industrial. La conclusión que de esta idea del "valor-trabajo" se saca inevitablemente, es que el trabajo de organización, administración y dirección de una empresa, así como el trabajo de los técnicos, tienen poco o ningún valor. En todo caso, su valor es secundario en relación con el trabajo del obrero manual. De ahí resulta que según Marx, *el capital no produce valor*.

Pongamos una sencilla ilustración. El costo de la materia prima y de los procesos materiales de producción de una pieza de manta, es, digamos, representado por la cifra 100. Ahora bien, esa pieza de manta, una vez terminada su manufactura, se vende en el mercado en un costo igual a, digamos, 150. Marx se pregunta: ¿De dónde provinieron los 50 de diferencia? Y contesta desde luego: Del trabajo del operario que intervino en esa manufactura. Quiere esto decir que, en rigor, el obrero tiene derecho a toda la ganancia que se obtiene sobre la venta de esa pieza de manta. El capitalista que invirtió dinero en la compra de la materia prima con que esa pieza de manta se fabricó, de hecho no tiene ningún título a participar en esa ganancia.

Pero he aquí que el capitalista le ha pagado un salario igual a 10 al obrero que con su trabajo ha producido 50. La conclusión inevitable es que el capitalista se está embolsando los otros 40, que en realidad pertenecen al obrero. Como se ve, la aplicación estricta de dicha doctrina significa presentar al capitalismo como, necesaria e inevitablemente, una explotación. Es algo que no depende, dicen los marxistas, de los buenos sentimientos del capitalista. Es algo que está implícito en la índole misma de la producción. Aunque sea un hombre honrado, cualquier cantidad que derive de la inversión de su capital, es explotación. Por su propia esencia, las ganancias

del capitalista resultan así un robo al trabajador. Nótese que de acuerdo con esa doctrina, no se condenan simplemente los abusos, las ganancias desmesuradas, los salarios bajos, etc., sino que se asigna al obrero manual toda la ganancia que resulta en la producción de un artículo.

De las dos teorías fundamentales del marxismo, que acabamos de resumir brevemente, se deriva la teoría de la *lucha de clases*. Aquí es de justicia corregir un error vulgar. Se piensa generalmente que Marx proclamaba que las clases patronal y obrera *deberían* chocar la una con la otra y entrar en una lucha a muerte. Pero no es así. Lo que Marx decía era que la lucha de clases es inherente al sistema de producción capitalista. Al querer o no, se produce, por necesidad íntima de dicho sistema. Si la plusvalía tiene su origen exclusivamente en el trabajo del operario, entonces los intereses de éste se hallan en natural contraposición con los intereses del capitalista: tal es la conclusión que se deriva de dicha teoría. La lucha de clases se *produce* por el hecho de que el capitalismo es necesariamente —tal afirma el marxismo— una explotación.

Marx concebía el panorama de las luchas sociales y económicas bajo el capitalismo, como una serie de pasos bien marcados e inevitablemente seguidos uno de otro. Para Marx, el sistema capitalista de producción requiere inevitablemente una creciente concentración de capitales en cada vez menor número de manos. Con ello va un aumento incesante de las ganancias del capital. Lo cual significa un aumento también constante del proletariado, a la vez que la miseria creciente de éste. El proletario es, por definición, aquel que no tiene más propiedad que su fuerza personal de trabajo. Como no es dueño de las herramientas, ni puede serlo en una época en que la industria requiere como tales, grandes y costosas maquinarias, el obrero depende exclusivamente del precio que el capitalista le ponga a su fuerza de trabajo, o sea, su salario.

Se definen así, según Marx, cada vez de una manera más aguda e irreconciliable, las dos clases: ambas se hacen crecientemente internacionales; el proletariado se hace cada vez más revolucionario; el conflicto de clases se hace cada vez más agudo.

Aquí entra en acción la llamada "dialéctica de la historia". En efecto, en el "Manifiesto comunista", decían ya Marx y Engels: "La historia de toda sociedad hasta aquí existente, es la historia de luchas de clases... opresores y oprimidos han entrado en constante oposición, han sostenido una lucha, ora encubierta, ora franca, que cada vez ha terminado, bien en una reconstrucción revolucionaria de la sociedad entera, bien en la ruina común de las clases contendientes".

En otras palabras, la tesis es el capitalismo; la antítesis es la acción revolucionaria del proletariado, y la síntesis es la sociedad (sin clases) comunista. Nótese desde luego, en todo este sistema, la poca atención y el casi ningún papel que se concede a los campesinos. El cuadro que Marx tenía en mente, es por completo el de una situación en un país altamente industrializado o industrializándose a grandes pasos, como era la Inglaterra de la segunda mitad del siglo pasado.

De lo anterior, como fundamento, se deriva el concepto de la *revolución mundial*. Puesto que las clases sociales se van haciendo cada vez más internacionales, la lucha entre ellas tiende también a transportarse más y más a un plano internacional. Esto requiere, de consiguiente, una acción revolucionaria en todos los países. De acuerdo con la ortodoxia marxista, se ha de ser pesimista en cuanto al triunfo revolucionario y la edificación del comunismo en un solo país. Esto lleva implícita la repudiación del patriotismo y el nacionalismo. El patriotismo se considera como un "prejuicio burgués". La "patria" es de los poseedores de la riqueza —se dice—, no del desposeído. La verdadera patria del trabajador, es, por tanto, la *clase proletaria internacional*. De acuerdo con estas

ideas, Marx fundó en 1874, en Londres, la Primera (Asociación) Internacional (de Trabajadores). "La Internacional" se convierte en el nuevo himno de los obreros. La bandera roja o rojinegra reemplaza a su bandera nacional.

4. *Método revolucionario del marxismo.*

El curso que seguirán los acontecimientos, dentro de la perspectiva de la historia futura, aparece en la mente de los marxistas muy claro y firme. Ese curso está determinado, para ellos, por leyes económicas inexorables. En primer lugar, consideran indispensable que el capitalismo se desarrolle hasta sus últimas consecuencias. En rigor doctrinal, el marxista ortodoxo no hará nada por reformar o modificar el capitalismo, y ni siquiera intentará poner estorbos a su desarrollo. La plenitud del sistema capitalista, su completo auge, es, por el contrario, una premisa insalvable para el advenimiento del comunismo.

Porque, según el concepto marxista, el capitalismo lleva en sí los gérmenes de su propia disolución, y por lo tanto, mientras más se desarrolle, más se agravarán en su seno los males que acabarán con él. Por otra parte, según la teoría marxista, mientras más se desarrolla el capitalismo, más numeroso y fuerte se torna el proletariado como clase. Todo lo que tiene que hacerse, es exacerbar el descontento, avivar la "conciencia de clase", organizar, adoctrinar y disciplinar al proletariado, preparándolo así para cuando llegue su hora. El marxismo ha creado así una *mística* del proletariado. Lo ha convertido en una abstracción ideal y le ha designado atributos mesiánicos. Es el proletariado como clase el que establecerá sobre los escombros del capitalismo y la burguesía, el nuevo orden económico y social. El proletariado es el "Mesías" colec-

tivo, que traerá a la tierra el milenio de la definitiva felicidad humana.

El hecho de que el marxista ortodoxo tenga la seguridad de que una ley interna e implacable que opera en el seno del capitalismo, conduce a éste inevitablemente hacia su derrumbamiento, no significa, por supuesto, que crea que debe aguardar pasivamente a que tal cosa suceda. Acabamos de decir que el método revolucionario del marxismo se asigna tareas que conducen a la organización y el fortalecimiento del proletariado como clase. En esta forma, cuando llegue el momento oportuno, el proletariado entrará en acción y se lanzará a la conquista violenta del poder. Es el momento de la revolución proletaria. Como se supone que el capitalismo estará entonces maduro para desplomarse, como fruta en sazón que se cae de un árbol, y que la burguesía como clase se habrá hecho impotente por sus propios vicios, el marxista ortodoxo considera que la revolución del proletariado no puede fracasar. Triunfará irremisiblemente.

Con ese triunfo vendrá el establecimiento de la "dictadura del proletariado". Es decir, por medio de sus órganos de gobierno, en otras palabras, por medio del Estado Proletario, dicha clase ejercerá un poder absoluto, con el objeto de acabar con los últimos reductos del viejo orden y erigir fuertes y seguros puntales para el nuevo. Una parte decisiva de esa labor, consistirá en que el proletariado triunfante se apoderará de los medios de producción, aboliendo la propiedad privada de ellos.

De acuerdo con el marxismo clásico, sin embargo, esta dictadura es *provisional*. Escriben Marx y Engels en el "Manifiesto comunista" lo que sigue: "Como la propiedad privada burguesa es la última y más exacta expresión del modo de producción y de apropiación basado en el antagonismo de clases y en la explotación de los unos por los otros, en este sentido pueden sin duda los comunistas resumir toda su teo-

ría en esta sola expresión: abolición de la propiedad privada”.

Aquí conviene aclarar un concepto vulgar que usualmente se esgrime para atacar al comunismo. Es la idea de que el comunismo marxista postula la propiedad común absolutamente de todo. Lo cierto es que el marxismo, cuando habla de la abolición de la propiedad privada y de la propiedad común, se refiere específicamente a los *medios de producción*. No se refiere necesariamente a que todas las cosas, incluyendo lo que es de uso personal y particular, como el alimento y el vestido, haya de ser común. Cuando los frutos de la producción en común, o sea comunista, han sido distribuidos, la parte que a cada uno toca se considera como propiedad particular, la cual no puede ser enajenada.

De lo que se trata realmente es de la organización comunista de la producción y de la economía en general. El pivote de dicho sistema es la propiedad social de la tierra y sus recursos naturales, de la agricultura y de las industrias que los desarrollan y utilizan, y de servicios vitales para la economía como son los transportes, la fueraz motriz y el crédito.

Bajo la dictadura provisional del proletariado, tendrá lugar la final liquidación de la clase burguesa. Y como entonces, por lo menos en teoría, solamente existirá la clase trabajadora, o sea el proletariado, se habrá llegado a la “sociedad sin clases” que es otro modo de decir la “sociedad de una sola clase”.

Pero no se ha llegado todavía a la meta. Ejerciendo la dictadura, el proletariado se dedica, pues, a establecer el comunismo. Cuando tal cosa se haya logrado por completo, el Estado proletario mismo desaparecerá forzosamente como tal. Porque ya no le queda tarea que realizar. Si la función —que es el ejercicio del poder para la implantación del comunismo— ya no existe, el órgano desaparece.

Porque para Max el Estado es un instrumento de clase

para dominar a otra clase. Donde ya no hay clases —o donde, como hemos dicho, sólo existe una clase— no tiene ya razón de ser el Estado. Y como, según el marxismo, todo depende de la economía, el Estado será sustituido por un consejo de directores agrícolas, industriales y de la economía en general. Y como bajo el comunismo perfecto, las relaciones humanas —así lo cree y espera el marxismo clásico— son pacíficas y fraternales por su propia naturaleza, no será necesaria ya la coacción y, por consiguiente, la policía. Se habrá arribado, entonces, a la nueva sociedad. La sociedad perfecta, feliz y definitiva.

De hecho, la dialéctica de la historia habrá llegado a obtener así su objetivo, y por tanto ella misma dejará de existir. Ya no habrá más juego de tesis, antítesis y nuevas síntesis. Porque se ha llegado a la síntesis final, perfecta, irremplazable. Se habrá establecido el reino pleno de la libertad, la fraternidad y la prosperidad general. Se habrá realizado —decimos nosotros— la perfecta Utopía.

5. *Marxismo y religión.*

La actitud del marxismo hacia la religión es bien conocida, pero no siempre se comprende cuáles son sus implicaciones ortodoxas en materia de método. Para el marxismo, la religión es una superestructura de la economía burguesa capitalista. El sentimiento religioso queda así reducido a una simple superstición de clase. Y la religión aparece como un auxiliar o instrumento de la explotación del hombre por el hombre. Todo el mundo está familiarizado con el célebre aforismo de Marx: "La religión es el opio del pueblo".

Si la base de la actitud del marxismo hacia la religión es el ateísmo materialista que constituye su médula ¿cuál es su táctica de lucha a ese respecto? Aquí es donde aparecen las

confusiones en que se incurre, no solamente entre los no comunistas que juzgan el asunto desde afuera, y como sentidos y agraviados muchas veces, sino también entre los propios comunistas, que muchas veces emplean métodos que, estrictamente hablando, están proscritos por la propia ortodoxia marxista.

Primero que todo debe decirse que Marx no aprobó la persecución directa de la religión. Por ejemplo, cuando se lanzó la *Kulturkampf* en Alemania, que significaba un ataque frontal contra el catolicismo romano, Marx condenó tal cosa. En su concepto, aunque la sociedad comunista implica la desaparición de la religión, no debe hacerse a ésta objeto de agresión persecutoria. Porque esto resultla contraproducente. Se fortalece la religión, en vez de desaparecer. En cambio, la religión, según el marxismo clásico, siendo una simple superestructura de la burguesía, desaparecerá automáticamente al caer ésta, o sea al cambiar la base económica de la sociedad. Cuando desaparece la base, la "superestructura" se derrumba por su propio peso.

Los marxistas tienen, sin embargo, una tarea que cumplir al respecto. Y es instruir al proletariado sobre la índole de la religión, Por medio del adoctrinamiento en ese concepto de lo que es la religión, se le librará, creen los marxistas, de la "ilusión". No será necesario perseguir la religión ni a sus representantes. El proletariado se alejará de ellos por sí solo, con disgusto y con desprecio. Y si la religión subsistirá durante algún tiempo, porque la clase a la cual sirve, o sea la burguesa capitalista, por propia conveniencia, le infunde una vida artificial, ya no habrá que preocuparse más por ella. Junto con todo el sistema al cual pertenece, marcha inevitablemente hacia su disolución.

Tal es la imagen que el marxismo ortodoxo tiene de la religión, y tal es, por tanto, la única táctica que aprueba, propugna y emplea. Esto que acabamos de decir no significa que

los comunistas no hayan incurrido en atropellos persecutorios. Por el contrario, esto ha sucedido con frecuencia. Lo que sí significa, es que al hacerlo, los comunistas actúan como "herejes" de la propia doctrina que pretenden profesar. Incurren, por ese solo hecho, en un "desviacionismo" que los lleva muy lejos de la doctrina ortodoxa del marxismo.

6. *Una crítica del marxismo.*

El examen crítico del marxismo en todos sus aspectos: económico, social, político y filosófico, es algo que requeriría mucho tiempo y extensión. Sin embargo, una vez que hemos procurado hacer la exposición del marxismo clásico con la mayor objetividad que nos ha sido posible, se impone que intentemos, por lo menos someramente, señalar algunos de los puntos en que el marxismo se muestra vulnerable a la crítica.

En cuanto a la dialéctica del materialismo, podría decirse lo mismo que de toda dialéctica. A saber, que no todo progreso es dialéctico, es decir, obedeciendo a un constante choque de opuestos. No todo son contradicciones por sintetizarse. También existe en la vida la ley del crecimiento, del desarrollo continuo, del florecimiento natural de elementos que se encuentran en germen.

La dialéctica expresa, ciertamente, una verdad. Pero una verdad parcial. Mucho en la vida, en la Historia, obedece a una ley dialéctica. Aun en el terreno de la ética, hay grandes principios que son dialécticos, o por lo menos paradójicos. El error del marxismo consiste, pues, no en haber señalado una verdad que tiene aplicación a grandes esferas de la vida humana individual y colectiva, sino en haber generalizado, convirtiendo en absoluto e ineludible, lo que en todo caso sólo podría decirse preponderante.

Algo semejante puede decirse del determinismo económico

que informa la tesis marxista. Sin duda alguna el factor económico tiene una intervención decisiva en los fenómenos de la sociedad. Y hemos de agradecer al marxismo el beneficio de haber llamado la atención a la importancia de ese factor que venía pasando casi sistemáticamente inadvertido. Mucha luz se arroja, sin duda alguna, sobre los fenómenos sociales, cuando se busca y se señala el factor económico, generalmente oculto.

Pero existen también otros factores. El hecho económico no es la esencia de todo el acontecer, ni todo en la vida humana puede reducirse a una simple ecuación de la economía. El marxismo, al señalar el factor económico, fue ciertamente un correctivo necesario y saludable contra la mucha idealización o espiritualización de las funciones de la sociedad. Pero aquí nos encontramos también frente a otro grande error marxista de indebida generalización.

El pensador H. Richard Niebuhr, ha dicho sobre este particular: "El esfuerzo de reducir la interpretación del proceso social a términos económicos, es como el esfuerzo de definir el proceso orgánico en términos únicamente de digestión".

No era posible que los propios profetas y apóstoles del marxismo dejaran de darse cuenta de que, en su esfuerzo por precisar la importancia del factor económico, habían ido quizá hasta un extremo. En una época posterior, el propio Engels confesaba: "Marx y yo somos quizá responsables de que nuestros discípulos hayan insistido más de lo que convenía en los factores económicos. Nos veíamos obligados a insistir en su carácter fundamental, por oposición a nuestros adversarios que los negaban, y no siempre tuvimos tiempo ni ocasión de hacer justicia a los otros factores". Todavía se podría debatir si en todo caso los factores económicos resultan "fundamentales". Pero con la anterior confesión basta para darse cuenta de que la necesidad de una rectificación se imponía por sí misma.

En cuanto a la noción del "valor-trabajo", podría decirse también que el marxismo concede una importancia exagerada al trabajo manual, y olvida el valor de otros tipos de trabajo. Aquí también le debemos gratitud por haber insistido en la importancia del trabajo manual. Y una vez más encontramos que su error consiste, de nuevo, en la indebida generalización. Porque de acuerdo con el criterio marxista, la definición de trabajo se reserva casi exclusivamente para el de índole manual. Es interesante que dentro del propio marxismo, obedeciendo a la necesidad de una rectificación también a ese respecto, haya aparecido el sector denominado de "trabajadores intelectuales". El hincapié en el valor del trabajo está bien, a condición de que éste se defina con amplitud, a manera de incluir otras muchas formas de trabajo aparte del manual.

Por otra parte, debe reconocerse que el capital puede venir a representar *trabajo acumulado*. Ciertamente, en las acumulaciones capitalistas, no todo es trabajo. Lo sabemos muy bien. Sobre todo cuando se trata de fortunas que se acumulan con rapidez y en cuantía casi vertiginosa, no se puede menos que presentir —aunque el probar requiera un complicado cómputo de datos— que han intervenido factores extraños al trabajo personal de quien acumuló esa fortuna. Pero sí, por ejemplo, un trabajador, por medio del ahorro, va formando con cantidades que sustrae a su salario, un capital, basta con ese hecho, tan común y corriente, e independientemente de la cuantía de un capital formado así, para demostrar que la tesis marxista de "Capital equivale a explotación y robo", es falsa en lo que pretende de absoluto.

Dicha tesis, además, pasa por alto la intervención decisiva de la demanda en la determinación de los precios, y por consiguiente, en el monto de la plusvalía. No siempre es la necesidad, rigurosamente hablando, la que determina la demanda. Intervienen factores imprecisos y caprichosos, lo cual quie-

re decir imprevisibles, como el gusto y la moda. En cierto sentido, es válido afirmar que, en último análisis es la demanda, y no el trabajo invertido, lo que determina el valor económico. Bien sabemos que hay productos en los cuales se ha invertido una cantidad considerable de trabajo y que sin embargo tienen un valor mínimo de cambio si no vienen a satisfacer una demanda.

Y por otra parte, sabemos muy bien que la demanda obedece a múltiples factores, y que es realmente una creación de la gran masa anónima de los consumidores. Como ha dicho el escritor H. Bamford Parkes: "El valor económico es una expresión, no del trabajo humano, sino de la interacción de la oferta y la demanda". En pocas palabras, es el consumidor, más que el obrero productor, el que produce la ganancia del capitalista.

Sin embargo, en su análisis del capitalismo, Marx nos ha prestado un gran servicio al señalar lo de la plusvalía. Porque en esa forma, si bien no puede aceptarse su teoría en un sentido absoluto, por lo menos se puede tomar en cuenta lo suficiente para plantear el problema de los salarios justos. El mal del capitalismo, en el fondo, consiste en que, no siendo partícipe el obrero en la propiedad del instrumento de trabajo, se halla entonces a merced del capitalista. Porque es éste quien le pone, por decirlo así, precio a su fuerza de trabajo, que es todo lo que el trabajador proletario posee para subsistir.

En cuanto a la teoría de las clases sociales y de su inevitable lucha, hay que hacer notar que las clases sociales no nacen siempre y necesariamente como adversarias. Tampoco se reducen a simplemente dos, como lo quiere el marxismo. Las clases sociales resultan, en el fondo, de la diferenciación de funciones dentro del organismo social. Y esas funciones son tan variadas como los órganos de un cuerpo. El conflicto entre las clases que efectivamente existen, no es, sin embargo,

ni inherente ni fatal. Es posible establecer, y así se ha visto en muchas ocasiones, una verdadera cooperación de clases.

Está bien condenar la explotación de una clase por otra. No es necesario ser marxista para hacerlo. Basta con un profundo sentido de justicia. Pero al considerar la explotación de una clase por otra como fatal —o sea por una ley ineludible, inherente a la índole del capitalismo— queda eliminada la índole moral del conflicto, se le sustrae por completo su aspecto ético, y en el fondo, se anula la responsabilidad moral.

En rigor de verdad, una vez que se sustenta a fondo la tesis marxista de las clases y de la índole de su lucha, ya no es posible exigirle al capitalista ninguna responsabilidad por la situación de sus trabajadores. ¿Cómo puede tener dicha responsabilidad, si se encuentra él mismo entre las tenazas de una ley económica inexorable, de la cual no tiene personalmente ninguna culpa, y aun de la que podría él mismo considerarse como víctima? No hay lugar, entonces, ateniéndose exclusivamente al marxismo ortodoxo, para ninguna denuncia enérgica de los abusos del régimen capitalista. Porque de acuerdo con ese concepto, éste actúa bajo el imperio ciego de una ley económica inexorable.

Por otra parte, en la idea de una "sociedad sin clases", o sea, en lo que podríamos llamar un *monismo clasista*, queda en pie una interrogación que, hasta donde sabemos, no ha obtenido de los marxistas una respuesta satisfactoria. La interrogación es ésta: ¿Cómo o por qué, si la dialéctica es la ley de hierro de la Historia, dicha ley deja de operar cuando se establece el sistema comunista? ¿Es posible que se suspenda así, de un golpe, el movimiento dialéctico que ha venido rigiendo la Historia durante siglos sobre siglos? Según esa ley, el comunismo debería también engendrar, a la corta o a la larga, su contrario. Y dar paso, por consiguiente, a una nueva síntesis, que marcaría un progreso indefinido *más allá del comunismo*.

Por lo contrario, sabemos que la violencia engendra violencia, y si el régimen comunista va a establecerse por una revolución violenta, primero, que captura el poder, y luego por una dictadura violenta, que es la llamada del proletariado, no es posible esperar sino que, tarde o temprano, se produzca una reacción de violencia proporcional, que quizá supere a la anterior. Aun cuando, por propia confesión de los comunistas, todavía no existe en ninguna parte del mundo el comunismo realizado, ya hemos visto lo suficiente para cerciorarnos de que el comunismo se encuentra también, si a eso vamos, bajo el imperio de la ley dialéctica. Es cosa, no de conjetura, sino de Historia, que el *fascismo* se produjo como una pretendida síntesis de la oposición entre capitalismo y comunismo, y que por tanto, en ese sentido, resulta hijo de éste. Más adelante veremos que el sistema que en realidad existe actualmente en la URSS puede caracterizarse, aunque allí tampoco se haya realizado todavía el comunismo, como una síntesis anticipada.

En cuanto a la religión, hay que reconocer que existe en las denuncias del marxismo un elemento de verdad: la religión, más bien diríamos: ciertas formas de entenderla y practicarla, y aun ciertos sistemas y organizaciones religiosos, han sido usados a veces como instrumento de intereses clasistas y como auxiliares de la opresión. En otras palabras, la religión es susceptible de usarse —y así se ha usado muchas veces— como un “opio del pueblo”.

Pero una vez más nos encontramos frente a un error de generalización. (Y a propósito, ya vamos viendo que las verdades del marxismo son verdades a medias y que sus errores consisten principalmente en errores de generalización). Porque no toda religión es opio. Bastaría recordar, para dar un solo ejemplo, las vigorosas denuncias de los profetas hebreos en contra de la explotación de los pobres y de la injusticia

social en general. Y más adelante, trataremos de señalar las implicaciones sociales y revolucionarias del evangelio.

Tampoco es simple superestructura de lo económico. Si escudriñamos, en reversa, el curso de la Historia, y llegamos hasta los tiempos prehistóricos, encontraremos que el sentimiento religioso parece ser inherente al ser humano, aun en sus etapas económicamente más rudimentarias. Claro está que el marxismo podría contestar que precisamente en el hombre primitivo aparece la religión, en sus formas más supersticiosas, como una manera de satisfacer necesidades económicas. Pero en primer lugar, ya sabemos cuán difícil es señalar relaciones de causa y efecto entre fenómenos que acontecen paralelamente. Es un principio aceptado en el terreno científico que el hecho de que dos fenómenos vayan siempre juntos y ocurran a la vez, no significa necesariamente que el uno esté subordinado al otro.

Pero aparte de esto, lo que podría contestarse es que la tesis marxista sobre la religión como superestructura económica y sobre su inevitable desaparición cuando se realice el comunismo, entraña una contradicción fundamental. Porque si la religión es en verdad "superestructura" del orden económico, la conclusión más racional y lógica sería que cuando el comunismo se realice habrá *una nueva forma de religión*, es decir, una nueva "superestructura" religiosa, pero no la religión desaparecerá por completo. Si tal cosa es posible, tomándoles la palabra a los marxistas, y suponiendo sin conceder, que la tesis de la "superestructura" fuese verdad, se podría señalar la contradicción a que antes aludimos en el hecho de que en los países en que se está "construyendo el comunismo", están apareciendo movimientos religiosos que tratan de acomodarse al nuevo sistema, y los cuales son fomentados, patrocinados, y probablemente hasta cierto punto costeados, por las propias autoridades comunistas.

Por otra parte, el hecho de probar un abuso, no significa

que la cosa de la cual se abusa, deba ella misma desaparecer. Y eso podría aplicarse a la religión como a otras muchas cosas. Los ejemplos huelgan. Se abusa de la confianza, pero eso no quiere decir que no deba existir confianza. Se abusa del crédito, pero bien sabemos que sin crédito las funciones económicas de la sociedad moderna no podrían llevarse a cabo. Hay mucha gente que abusa de la honradez y la buena fe de otros, pero eso no quiere decir que esas virtudes deban suprimirse. Y bien conocidos son los abusos del sindicalismo, pero eso no quiere decir que los obreros no deban agruparse en sindicatos para la protección de sus intereses. Volviendo la oración por la pasiva, se podría responder a los marxistas que el marxismo, como ideología o como sistema, también se está usando como instrumento de opresión, y que abundan los *líderes* que lo utilizan como un opio doctrinal con que mantienen sometidos a los trabajadores a su férula personal.

7. Marx, profeta equivocado.

Han pasado más de cien años desde que se lanzó el "Manifiesto Comunista". Y pronto se cumplirán 100 años de la aparición de *El Capital*. Esto nos da ya suficiente tiempo para juzgar, de una manera objetiva, a la luz de los hechos, hasta qué punto la perspectiva histórica y los pronósticos de Marx, se han realizado.

En primer lugar, no se ha realizado el esquema simplista de las clases, previsto por Marx. Como recordaremos, pronosticaba el aumento numérico del proletariado y su creciente depauperización, a lo cual correspondería una disminución, en fuerza numérica, de la clase capitalista, y una cada vez mayor concentración de riquezas en cada vez menos manos. Pero no ha sido así. Ha aparecido una clase media, económicamente fuerte, que en su mayor parte se va formando a

costa del proletariado. Es decir, a medida que se mejoran los salarios, el proletariado se ha ido "aburguesando". Ha aumentado el número de propietarios en vez de disminuir. Por otro lado, si bien se han formado los *trusts* que representan acumulación de riqueza, se han generalizado las sociedades anónimas, que representan un número incalculable de propietarios y una distribución mayor de la riqueza.

Marx pronosticaba la creciente internacionalización de las clases, y esto ha sucedido en buena parte, pero a la vez han aparecido nacionalismos agudos, que radican tanto en la clase capitalista como en la clase proletaria. En cuanto a la clase media, es quizá la menos internacionalizada que existe. Ya veremos más adelante que a pesar de que los partidos comunistas en todo el mundo forman una red internacional, con un centro director, el comunismo que prevalece tanto en la URSS como en China, se ha convertido en realidad en un *comunismo nacional*.

En cuanto a la índole revolucionaria del proletariado, parece que Marx extremó su concepto y sus esperanzas. El proletariado no es ni ha sido nunca revolucionario. Su ideal normal es mejorar de condición dentro del capitalismo humanizado. Por lo menos, esto es lo que se ve en los países más altamente industrializados, que es donde Marx esperaba que se produjera primeramente, de acuerdo con sus tesis, la revolución comunista. En efecto, según la tesis marxista, mientras más industrializado estuviera un país, más inminente sería en él la revolución social. La Historia ha hablado, probando que tal tesis es falsa. No se produjo ni lleva trazas de producirse en Inglaterra, que fue el país en que Marx hizo las observaciones que le sirvieron de base para muchos de sus postulados. No se ha producido, ni lleva tampoco trazas de producirse a pesar de los pánicos de tipo McCarthy, en los Estados Unidos. No se ha producido ni lleva trazas de pro-

ducirse tampoco en el Japón, que es el país más altamente industrializado del oriente.

Se ha probado que las revoluciones sociales ocurren más bien en países agrícolas de estructura feudal. El campesino es el verdadero revolucionario. Las tres más grandes revoluciones de nuestros tiempos, la de México, la de Rusia y la de China, no se han llevado a cabo según el programa ni de acuerdo con el patrón del marxismo clásico. La Revolución Mexicana, más que obrera, fue agraria. Lo mismo puede decirse de la Revolución China. Y en cuanto a la Revolución Rusa, aunque no fueron propiamente los campesinos quienes la promovieron y llevaron a cabo, sino sólo como fuerza de arrastre, ya veremos que fue más bien una minoría, que sólo representaba un sector, y no el más numeroso, del proletariado —la minoría bolchevique— la que llevó a cabo la revolución.

8. *Valoración final del marxismo.*

En resumen. Le debemos al marxismo importantes contribuciones a la ciencia económica. Sobre todo, porque señaló la importancia de un factor casi ignorado: el económico. Dio una llamada de atención, a este respecto, que ha sido saludable. Como ha dicho Nathaniel Micklem: "El comunismo, estoy seguro, no es la respuesta; ni el socialismo en sí es la respuesta; pero no hallaremos la respuesta cristiana hasta que no reconozcamos plenamente la medida de verdad que da al análisis marxista su fuerza... el marxismo nos ha hecho darnos cuenta de una llaga abierta en el cuerpo político y en el cuerpo económico" de la sociedad.

Podemos aceptar en parte el análisis marxista. Es más, podemos aceptar algunos aspectos de su teoría económica. Más todavía, podemos aceptar esta teoría como un instrumen-

to de trabajo, con fines prácticos de investigación sociológica. "Buscar el factor económico", se ha convertido ya en un imperativo para todo investigador social. El marxismo nos ha ayudado a desenmascarar intereses económicos mezquinos tras una apariencia de patriotismo, de virtud cívica y hasta de piedad religiosa.

Pero el marxismo se sale de su órbita al convertirse en una filosofía absoluta, en un concepto materialista del mundo y de la vida, en una generalización cínica que pretende reducir todo al factor económico y negar la realidad del mundo, del espíritu y de Dios. Eso obliga a rechazarlo como sistema de conjunto.

Finalmente, el marxismo se presenta como una religión *ersatz*, es decir, como un sustituto sintético de la religión. Es necesario comprender esto: *el marxismo es una religión*. Una religión materialista, atea, pero con el aliento, la estructura mental, las actitudes y las efusiones fanáticas de una religión.

"La mentalidad marxista —dice Bamford Parkes— es religiosa, no científica".

"Es una religión —dice a su vez Maritain—, y de las más imperiosas, segura de que será llamada a sustituir todas las demás religiones; una religión atea cuya dogmática la constituye el materialismo dialéctico y cuya expresión ética y social es el comunismo como régimen de vida".

Y por su parte, añade Berdiaeff: "El marxismo no es únicamente una ciencia y una política, sino también una fe y una religión, y en esto se basa su fuerza".

El dios del marxismo es la Necesidad Económica. Asigna a "las condiciones de la producción" el papel de Creador y Sostenedor del universo. Atribuye a la naturaleza material un poder omnímodo, autónomo, *divino*. "La Necesidad Económica es Alah, y el Proletariado Su Profeta". Su Mesías.

El marxismo es de índole apocalíptica. Tiene una fe inmensa en que la historia desembocará en una nueva Jeru-

salén —la sociedad comunista—, la cual será establecida en la tierra. Un reino universal de trabajo, paz, fraternidad, libertad y felicidad definitivos.

Hay algo de grandioso, de fascinador en esta visión marxista de un mundo nuevo. Tiene, como hemos de ver después, grandes semejanzas con la visión cristiana. Pero desde el punto de vista genuinamente cristiano, resulta sólo un bello espejismo, un miraje engañoso, una peligrosísima ilusión. La conciencia cristiana, si es fiel a la verdad y a la justicia, tiene que reconocer y apreciar la denuncia marxista de los males del sistema establecido, admirar su pasión por la justicia, y estimar las verdades económicas y sociales en las cuales ha podido acertar. Pero tiene que rechazarlo de plano como sistema, por cuanto asume el carácter de una religión atea y materialista.

II

DEL MARXISMO AL NACIONALCOMUNISMO RUSO

Hemos visto que el comunismo, según el marxismo clásico u ortodoxo, no es simplemente un sistema económico sino una filosofía de la vida y hasta una especie de religión. Pues bien, el comunismo ha llegado a convertirse además en una maquinaria política internacional, en un imperialismo agresivo con aspiraciones de hegemonía o dominio universal.

Hay un hecho de trascendental importancia que debe tenerse presente. El hecho es éste: el comunismo ruso, lo que presenciamos actualmente en la URSS, lo que amenaza hoy como poder organizado y conquistador al mundo, no es ya el marxismo clásico, el marxismo de Marx y Engels, sino una desviación. En ciertos aspectos, una desviación fundamental, una verdadera apostasía de la ortodoxia marxista.

¿Cómo se efectuó esa desviación? En ella ha habido principalmente lo que llamaríamos dos *tiempos*. Cada uno de ellos está representado por un caudillo ruso.

1. *Primer tiempo. Desviación Lenin.* Ya es usual hablar, no solamente del marxismo, sino del *marxleninismo* como un sistema con características propias. Podría llamársele simplemente leninismo.

Lenin adoptó el marxismo como la filosofía básica de la revolución rusa. Marx era un revolucionario de biblioteca, un pensador especulativo. Pero Lenin era un conspirador, un agitador, un demagogo, esencialmente un *líder* de masas. Se en-

contraba más en contacto directo con la realidad y con los obreros. Por eso puede decirse que fue un caudillo más realista.

Además, Marx actuaba en una situación prerrevolucionaria. Lenin, en plena revolución. Y esto permitió al segundo tres grandes descubrimientos de hechos, advertir tres realidades que ponían en evidencia ciertas fallas y errores, o por lo menos, imprevisiones, del marxismo clásico. En ello bastó precisamente su revisión o desviación. Esos tres hechos o realidades son los siguientes:

- a) *Que el proletariado no es de sí, y normalmente, revolucionario.*
- b) *Que el aspecto social de las revoluciones, y las revoluciones sociales, se han debido más bien a los campesinos, por lo que había que movilizar a éstos a favor de la revolución comunista.*
- c) *Que el nacionalismo anticolonial y antimperialista, también de potencialidad revolucionaria, puede y debe ser aprovechado a favor del comunismo.*

Basándose en estos hechos, Lenin introdujo los siguientes principios o "novedades" que en el fondo son variaciones o correcciones al marxismo clásico, y con lo cuales surgió el *marxleninismo*:

1) *Creación del partido comunista.* Ciertamente, la idea de la formación de partidos comunistas es anterior a Lenin. El "Manifiesto comunista" suscrito por Marx y Engels en 1847, era ya una labor de partido y asignaba a éste un papel importante en la acción revolucionaria. Originalmente, sin embargo, se habría aspirado a que los partidos comunistas tuviesen el mayor número de miembros que fuera posible. Fue en este punto en el cual Lenin hizo por lo menos un hincapié diferente, tan acentuado, que equivale a una nueva idea del partido comunista y de su función.

Según Lenin, el Partido Comunista ha de ser una minoría escogida, disciplinada, activa; una fuerza de choque para acaudillar al proletariado y *hacerlo* actuar revolucionariamente. Por otra parte, esa minoría se arroga la representación absoluta del proletariado, actúa en su nombre y lo arrastra, quiera o no, a la revolución. No es necesario que los miembros del partido sean ellos mismos proletarios. Inclusive, la mayoría puede no serlo.

Fue este acentuado carácter del Partido Comunista, y su absorbente función directiva, lo que determinó que las fuerzas revolucionarias que derrocaron al zarismo, se dividieran, como es bien sabido, en dos alas: la de los *mencheviques*, que en lo general actuaban más cerca de los principios ortodoxos del marxismo, y tenían una inclinación por los métodos democráticos para alcanzar sus objetivos, y la de los *bolcheviques* que, no teniendo paciencia para esperar que el curso de las cosas se desarrollara de acuerdo con las perspectivas científicas del marxismo clásico, se lanzaban a una acción inmediata, extrema, violenta y subversiva.

Originalmente, el cuerpo autoritario y deliberativo del proletariado, estaría representado por el soviet de obreros, campesinos y soldados. Después que los bolcheviques se apoderaron del mando de la revolución, los soviets perdieron pronto su autoridad real y su importancia efectiva. Quedaron como simples aparatos legales para cubrir apariencias democráticas, pero en el fondo, sólo para ratificar las directivas y consignas del Partido Comunista.

De hecho, la clásica "dictadura" del proletariado quedó sustituida por una dictadura del Partido Comunista, que vino a ser equivalente a una dictadura, no *del* proletariado sino *sobre* el proletariado. A la vez, empezó a gestarse dentro del Partido una dictadura burocrática que, andando el tiempo, en una centralización despótica creciente, sustituiría por fin la dictadura del Partido Comunista con una dictadura del Se-

cretariado General y del Politburó. Lo que a su vez, finalmente conduciría al bonapartismo, a la dictadura omnímota de un individuo.

En las postrimerías de su vida, Lenin se percató muy bien de cuál era el rumbo que iban tomando los acontecimientos. Hay pruebas de que hizo esfuerzos casi desesperados por impedir la burocratización del partido. Y cuando al fin pudo llegarse a conocer su testamento político, en el cual prevenía a los comunistas contra las ambiciones personalistas de Stalin, se comprobó que sus presentimientos se habían convertido ya en una honda y dolorosa preocupación. Pero no había remedio. El propio Lenin había marcado las orientaciones y abierto los cauces, por los cuales iban marchando ahora la revolución, y él mismo, no obstante su enorme prestigio, y con su autoridad quebrantada por los achaques de su salud, fue impotente para evitarlo.

2) *El Estado totalitario*. La dictadura provisional del proletariado, que Marx había concebido como una premisa necesaria para la realización del comunismo, era más bien de carácter administrativo, popular, un tanto descentralizada. Lenin no sólo la materializó en un poderoso, aunque numéricamente reducido, Partido Comunista, sino que la encarnó en un Estado hipertrófico y tiránico. Recuérdese que Marx era semianarquista, en cuanto creía que la creciente realización del comunismo conduciría necesariamente a la desaparición del Estado. Pero Lenin forjó el Estado totalitario. Fue su segunda gran creación.

En el terreno de la economía, la aparición del Estado totalitario significó el nacimiento y auge del *capitalismo de Estado*. En éste, el Estado es el que se convierte en dueño y patrón, en poseedor de todos los medios de producción, y los trabajadores se tornan asalariados del Estado. Surge una gigantesca burocracia oficial. Los sindicatos obreros quedan reducidos al simple papel de órganos del gobierno. El trabaja-

dor queda así a merced del nuevo patrón, pero con la enorme y fundamental diferencia, en comparación con los regímenes capitalistas de occidente, de que bajo el capitalismo de Estado, el obrero carece de los recursos defensivos que el sindicalismo pone a su servicio bajo otros regímenes. Puede llegarse —y así ha sucedido muchas veces bajo los regímenes comunistas— a una represión violenta de los trabajadores ejercida por el Estado utilizando no sólo a la policía, sino, cuando ha sido necesario, al propio Ejército. Así sucedió en el caso de los trabajadores alemanes, checos, y apenas hace algo más de tres años, húngaros.

El Estado capitalista, el Estado-patrón, tiene en sus manos la policía, el ejército, toda la maquinaria de coacción. Así se ha visto el absurdo de que los ejércitos rojos, los ejércitos de la Revolución, que teóricamente serían tan sólo las fuerzas armadas de proletariado, hayan ejercido real y literalmente la función de *guardias blancas* al servicio del nuevo y omnímodo patrón: el Estado comunista. Y que hayan, en ocasiones, ametrallado a los trabajadores.

Por otra parte, en la práctica, el "Estado de los trabajadores" explota a éstos en nombre de sí mismos. El fija los salarios a su voluntad, dicta las condiciones todas de trabajo, y suprime por completo el derecho de huelga. En una palabra, desaparece la libertad de trabajo. Surge el totalitarismo estatal. A cambio de ello, es cierto que los trabajadores obtienen algunos beneficios sociales: atención médica, pensiones, seguro social, oportunidades de educación, facilidades recreativas, vacaciones, etc. Pero estos beneficios son los mismos que el trabajador puede llegar a obtener, y ha obtenido ya efectivamente en muchos países, bajo el capitalismo. Es más, hasta hoy, el nivel de vida del trabajador promedio en países capitalistas como los Estados Unidos o Inglaterra, o de socialismo no comunista, como los países escandinavos, es su-

perior al que existe, hasta donde podemos saber o presumir, en la URSS y los países que están bajo el comunismo.

Una vez que el Estado se convierte en el poseedor de todos los medios de producción, y que ejerce sobre los trabajadores una autoridad que no tiene límite, el *capitalismo de Estado* resultante, y el teórico "socialismo de Estado", se confunden. Poco importa que el primero se ejerza en nombre del proletariado y la revolución. En la práctica, el Estado comunista y el Estado fascista, muestran la misma estructura y fisonomía. Los lemas pueden ser distintos, pero sus hechos reales son idénticos.

3) *Acción revolucionaria de los campesinos*. A pesar de que los campesinos deberían tener una representación titular en los soviets que organizara la Revolución, el hecho es que en el caso de la Revolución Rusa, los trabajadores del campo no tuvieron una directa ni grande participación. De hecho, habían participado más en la revolución social democrática que dio origen al régimen Kerenski. En buena parte, eso sí, durante la Guerra Civil, que sucedió a la caída de dicho régimen, los triunfos del ejército rojo sobre las fuerzas blancas y los expedicionarios extranjeros de la contrarrevolución, se debieron a la solidaridad y auxilio de los campesinos, que vieron en el triunfo de los octubristas la liquidación definitiva de las clases pudientes que se habían aliado con el zarismo, y la final emancipación de los obreros de la tierra.

Pero como dijimos antes, la revolución comunista no fue obra de las masas campesinas, y ni siquiera de las masas obreras industriales, cuyo número era relativamente insignificante en la Rusia feudal que se desplomó en 1917. Fue la obra de un puñado de revolucionarios disciplinados y dispuestos a todo, dirigidos por caudillos sagaces y resueltos, a cuya cabeza figuraba Lenin.

A medida que se consolidaba el nuevo régimen, la actitud de los campesinos hacia éste constituyó una de las más gra-

ves preocupaciones del jefe supremo. En teoría, la Revolución debía llegar a la colectivización de la tierra tarde o temprano. Pero el campesino está, por naturaleza, arraigado a la tierra, y eso significa para él, un sistema de por lo menos pequeña propiedad rural.

Ahora bien, es obvio que el campesino ve con buenos ojos el desplome de los latifundios. Pero el siervo ruso aspiraba a tener una parcela que fuera de su propiedad. Y el pequeño propietario rural, el *kulak*, quería, naturalmente, conservar su tierra. Al proclamar la Nueva Política Económica (NEP), Lenin quiso asegurar a los campesinos que, por lo menos durante algún tiempo, la pequeña propiedad rural no estaba amenazada. Y en esa forma trató de asegurar la producción agrícola que tan necesaria era para la subsistencia de las ciudades y para la estabilidad del nuevo régimen.

La cuestión del nuevo trato que debía darse a los campesinos, constituyó uno de los puntos de discordia entre la facción trotskista, heredera del pensamiento y las orientaciones de Lenin, y la facción estalinista que iba cobrando ya amenazadora fuerza. En un principio, y por razones tácticas, Stalin, aliado con Bujarin, pareció defender a los campesinos, inclusive los *kulaks*, frente a Trotski y los suyos. Exigían éstos que se acelerara la colectivización de la tierra, sosteniendo que la NEP de Lenin había sido únicamente un compás de espera, y que había llegado ya el momento de ponerle fin. Y después, cuando hubo vencido al trostkismo, Stalin se deshizo de Bujarin y se lanzó con toda violencia, y con un rigor inhumano, a efectuar la colectivización. Proceso que se calcula que costó unos diez millones de vidas de campesinos. El genocidio más tremendo que registra la Historia, y al que sólo sigue, en segundo término, el de los seis millones de judíos que exterminó Hitler.

Lenin no vivió lo suficiente para dar solución al problema de cómo obtener la solidaridad de los campesinos en la ac-

ción revolucionaria. Pero percibió el problema, y por lo menos señaló la absoluta necesidad de conseguir dicha solidaridad. Después de él, la táctica comunista con respecto a los campesinos y al problema de la tierra, ha adquirido ya caracteres más o menos definidos. En los momentos más críticos, cuando la Revolución marcha a la conquista del poder, se obtiene la cooperación de los campesinos mediante la destrucción del latifundio, el derrocamiento del feudalismo, la distribución de tierras, la creación de la pequeña propiedad agraria.

Pero una vez afianzada en el poder, con ayuda de los campesinos, la "dictadura del proletariado", viene la gran traición: la abolición de esa pequeña propiedad agraria, la colectivización forzada de la tierra, la liquidación del sector campesino independiente, la proletarización de los campesinos, y la aparición del Estado latifundista, que no es otra cosa que un aspecto del Estado capitalista a que antes hicimos alusión. Con esto, reaparecen el peonaje y la servidumbre rural, bajo una forma nueva, pero no menos efectiva que antes, bajo el feudalismo.

Esta táctica aparece mucho más clara en el caso de China que en el de la URSS. Desde una posición de minoría, precariamente arrinconada en el noroeste del vasto territorio de la China continental, la gente de Mao escaló el poder. Esto se lo debió, no a un proletariado industrial revolucionario, que no existía en suficiente número para hacer triunfar una revolución, sino a las masas campesinas. El régimen de Chiang-Kai-Shek había dejado subsistir las grandes concentraciones del latifundismo, y daba pocas esperanzas de llevar a cabo una verdadera revolución agraria. El comunismo se presentó abanderándose con las perspectivas de dicha revolución. Y los campesinos que no se alistaron en sus filas combatientes, por lo menos le prestaron el valioso concurso de su auxilio y su solidaridad.

En un principio el Estado comunista chino y el agrarismo

de "la Buena Tierra", disfrutaron de una plena luna de miel. Pero muy pronto el Barba Azul comunista iba a asesinar y hacer desaparecer a su consorte agraria. La formación de la pequeña propiedad rural, una vez que se destruyó el latifundismo de los antiguos señores feudales, se presentaba en la mente de los nuevos amos de China tan sólo como una etapa transitoria cuyo objeto era conseguir el concurso de los campesinos mientras se afianzaban en el poder. Una vez que se sintieron seguros, se han lanzado, especialmente en los últimos dos o tres años, a una colectivización violenta de las tierras, creando las comunas forzosas en que los seres humanos han venido a representar no otra cosa que el papel de simples bestias de trabajo.

4) *El fomento de insurrecciones coloniales como preludeo a la revolución comunista.* Fiel a sus tesis fundamentales, Marx no se oponía en sí, y directamente, al colonialismo. Hasta consideraba que éste tenía un efecto favorable para el programa marxista, porque introducía la industrialización en países agrícolas retrasados. En esa forma, se creaba en ellos un proletariado, o sea un contingente para la Revolución. En otras palabras, según Marx el colonialismo acelera el proceso dialéctico, y en esa medida y en ese sentido, prepara el camino a la revolución comunista. Por consiguiente, de acuerdo con el marxismo clásico, habría que aplicar el mismo criterio que en el caso del capitalismo. O sea, dejar que el colonialismo se desarrolle hasta el máximo y llegue a sus últimas consecuencias, en vez de llevarlo a desplomarse prematuramente por medio de una violenta insurrección.

Lenin, en cambio, percibió la potencialidad revolucionaria de las insurrecciones coloniales. Y aunque tampoco vivió para ver ese principio aplicado extensamente, como en el caso de los países asiáticos en nuestros días, dejó, sin embargo, establecidas las bases teóricas que habrían de servir para desarrollar toda una táctica de combate en esa situación. La táctica

tica comunista consiste, pues, en fomentar el nacionalismo anticolonial, y en suscribir el ataque a los imperialismos. Esto quiere decir, naturalmente, a los llamados imperialismos "burgueses", que en la mentalidad comunista equivalen al colonialismo ejercido por los países occidentales. No se trata, por supuesto, de atacar el neoimperialismo de la URSS o de la China comunista, sino todo lo contrario, de aprovechar el derrumbe del colonialismo occidental, para llenar su vacío con la hegemonía colonial de las grandes potencias comunistas.

5) *La Revolución Mundial: una variante estratégica.* Marx había lanzado la famosa proclama: "Proletarios de todos los países, uníos". Para eso creó una Internacional. En ella, Rusia, como cualquier otro país en que se realizara la Revolución, tendría paridad con los demás. Al parecer, Marx pensaba que la Revolución iba a iniciarse en Inglaterra, Alemania o alguno de los otros países que en su tiempo marchaban más rápidamente en su proceso de industrialización. No hay que olvidar que Marx era alemán. Pero Lenin era ruso. Y para él, la base estratégica de la Revolución Mundial, no era tanto una Internacional, sino un país: Rusia.

Esa estrategia aparecía en la siguiente forma: a) Rusia asumiría la iniciativa de la Revolución Mundial, lanzándose ella misma a una revolución nacional y b) asumiría la *dirección* de dicha Revolución Mundial. Al famoso lema de Marx: "Proletarios de todos los países, uníos", Lenin habría añadido: "... y poneos bajo la dirección de Rusia".

Pero Lenin todavía era en el fondo un internacionalista. Para él la Revolución Mundial era el fin, Rusia, simplemente el medio y la base para lograr ese fin. Sobre los intereses particulares de Rusia como *nación*, estaría, de acuerdo con el leninismo, la causa suprema de la Revolución Mundial. Rusia le interesa a Lenin más bien como un vehículo de la acción revolucionaria mundial. Todavía él se sitúa por encima del patriotismo y del nacionalismo.

Y tan es así que llega a Rusia enviado por los alemanes (durante la Primera Guerra Mundial) desde Suiza, en un tren proporcionado y protegido por ellos, a fin de sabotear la defensa nacional rusa, precipitar la derrota de la nación, lograr un armisticio por separado, y luego aprovechar los fermentos dejados por ese desastre para hacerlos servir a la causa de la "inminente revolución".

En esta forma, Lenin hizo el juego a los alemanes, ya que provocando una revolución en Rusia, y conduciendo a ésta a una paz por separado, permitió a los Imperios Centrales concentrar fuerzas en el frente occidental. Pero Lenin tenía su propio juego: el caos de la derrota le era necesario para iniciar, partiendo de Rusia, la soñada Revolución Mundial.

Según Marx, como vimos antes, era necesario esperar que el proceso capitalista madurara, etc., etc. Lenin consideraba, por el contrario, urgentísima, la acción directa. Era menester provocar e impulsar la Revolución, salvar las tropas del proceso dialéctico, precipitar los acontecimientos, comenzar por donde fuera más viable la Revolución —en este caso fue un país no industrializado, en que privaba el feudalismo agrario— iniciar la lucha donde fuera y como fuera, y producir la gran conflagración.

Lenin era partidario de forzar la crisis, no de esperar, como quería Marx, a que ésta se produjera por la sola acción de las leyes dialécticas. El caudillo ruso aparece como un moderno Prometeo, que arranca al dios dialéctico e impasible de Marx, en un arrebatado de impaciencia, el fuego sagrado de la Revolución que aquel se tarda demasiado en enviar a la tierra. Así, la propia Revolución Rusa, no obstante que enarbola las banderas doctrinales de Marx, es en la práctica y en sí misma, una violenta refutación de las tesis más caras del autor de *El Capital*. No sólo es revolución contra el feudalismo de los zares, sino una insurrección contra el dialecticismo de Carlos Marx.

6) *Violencia antirreligiosa*. Esa misma impaciencia, ese mismo rompimiento con las tesis dialécticas de Marx, inspira a Lenin una actitud diferente hacia la religión. Es más agresivo que Marx en su lucha contra ella. No quiere esperar a que la religión desaparezca automáticamente al fin del proceso dialéctico que desembocará en el triunfo completo del comunismo. Quiere quitársela de enmedio desde luego. Así pues, se entrega a fomentar activamente el ateísmo. Preconiza y lanza un ataque frontal contra las iglesias y sus ministros, y cuando se da cuenta de la fuerza del clandestinaje religioso, inicia la persecución y fomenta, para sustituir desde luego a la religión, una ardiente y apasionada mística revolucionaria. El Partido Comunista adopta entonces aires de comunidad de fanáticos religiosos, con Inquisición y todo. El Estado capitalista y latifundista que hemos visto antes, adquiere ahora los rasgos y actitudes de una institución "eclesiástica" y jerárquica. Se convierte, de hecho, en el Estado-Iglesia.

Lenin murió prematuramente, antes de ver madurar en toda forma el nuevo sistema, *su sistema*. En la sombra, trabajaba ya, preparando los resortes que lo elevarían al dominio personal sobre el proceso revolucionario, un antiguo y sagaz seminarista georgiano, es decir, un fanático religioso a la inversa, y además, semiasiático, de nombre José Vissariovich Dugasvilli, apodado "Acero", es decir, en ruso, *Stalin*. Su acceso al poder marca el segundo tiempo de la apostasía rusa con respecto al marxismo clásico.

2. Segundo tiempo. Desviación Stalin. Nacionalcomunismo.

En buena parte, con el acceso de Stalin al timón de mando de la Revolución, se acelera la desviación leninista. Pero a la vez se introducen importantes desviaciones respecto al propio leninismo.

El estalinismo es una herejía salida de otra herejía, y consiste esencialmente en lo que Berdiaeff ha llamado la "rusificación del marxismo". Como Mussolini, antiguo socialista, trai-

ciona al socialismo, creando el nacionalsocialismo, o sea el fascismo, que llevará a la perfección su discípulo Hitler, así Stalin, antiguo comunista, traiciona al comunismo, y crea un tipo de fascismo a la inversa, que denominaríamos nacional-comunismo.

Recordemos algunos de los sucesos que condujeron a esta nueva situación. Desde antes de morir Lenin, se había planteado ya en forma aguda, aunque mayormente en la sombra, el problema espinoso de su sucesión. La verdad de las cosas es que Lenin confiaba en Trotski como su continuador, a pesar de ciertas diferencias de carácter teórico que existían entre los dos. Lenin desconfiaba de Stalin. Como dijimos antes, en su testamento político llega inclusive a recomendar su eliminación. Pero Stalin no se había dormido entre tanto. Tenía minado el terreno bajo Trotski y sólo esperaba su hora. Esa hora llegó por fin.

La eliminación de León Trotski, por parte de Stalin, fue un golpe maestro de intriga y astucia políticas. Trotski era, después de Lenin, el hombre fuerte de Rusia. Como creador del Ejército Rojo y Comisario de la Guerra del régimen revolucionario durante la azarosa lucha civil, Trotski podría llamarse el arquitecto de la victoria bolchevique. Pero Stalin logró expulsarlo del Partido y de Rusia, y limpiar a sus partidarios. Finalmente, después de una implacable persecución de varios años, y al través de diversos países, el nuevo dictador de la URSS consiguió, en el episodio de Coyoacán, deshacerse de su viejo rival.

Con su victoria sobre el trotskismo, Stalin alcanzaba un blanco doble con un solo tiro; en primer lugar, conseguía eliminar a un poderoso rival político, aspirante al poder supremo. En segundo lugar, eliminaba al leninista Número Uno, para facilitar la Gran Apostasía. En efecto, a la eliminación de Trotski y su facción, siguió la purga de los viejos bolcheviques. En esto Stalin se mostró igualmente implacable. Alia-

do primero con Bujarin, para lograr ese objetivo, después liquidó a Bujarin mismo, que había sido el más grande "teólogo" del marxleninismo, aunque después había incurrido en peligrosas desviaciones hacia la derecha. Uno tras otro fueron cayendo los revolucionarios de la vieja guardia, los compañeros de Lenin, hombres de mucha influencia en Rusia, los que habían sido más que Stalin, que había tenido entonces un papel de relativa oscuridad, los verdaderos forjadores de la Revolución. Con esa purga, el camino quedaba despejado para imprimirle a ésta, como hemos dicho antes, una nueva y más radical desviación.

1) *Las nuevas posiciones stalinistas.* Pública y oficialmente, bajo Stalin se mantenía la fidelidad a Marx y a Lenin. A los retratos gigantes de éstos, que siguieron figurando en las grandes concentraciones de masas del estalinismo, se añadió simplemente el del nuevo dictador georgiano. Para hacer que el pueblo ruso olvidara la relativa insignificancia de Stalin en los grandes sucesos que habían dado origen a la Revolución, y que la habían conducido a su triunfo bajo Lenin, no se vaciló en alterar los registros de la historia revolucionaria. Se hizo aparecer a Stalin como el compañero más íntimo y el consejero más estimado de Lenin. Pero en el fondo, así como el leninismo había sido una insurrección ideológica contra Marx, el estalinismo era también una insurrección contra Lenin. Pero no para volver a Marx, sino para separarse más todavía de él. Las principales innovaciones o desviaciones propugnadas por Stalin fueron las siguientes:

a) *Una mayor centralización en la dirección revolucionaria.* Recordemos los pasos que ha venido siguiendo esta desviación desde los tiempos de Marx. El autor de *El Capital* predicaba la dictadura del proletariado. Con Lenin se establece la dictadura del Partido Comunista sobre el proletariado, aunque ejercida en nombre de él. Con Stalin prosigue, y ahora a paso acelerado, la concentración del poder. Primero el

Comité Central del Partido Comunista establece una dictadura sobre el Partido. Después, el Secretario General, establece una dictadura sobre el Comité Central. Luego de ahí se pasa a *la dictadura personal de Stalin*. Ejercida ésta como Secretario General del Partido, cuando tiene ese puesto, pero, en fin de cuentas, desde cualquier puesto, Stalin dicta sobre el Secretario General en turno, el Comité, el Partido, el proletariado y la nación. Y aun rebasa las fronteras de ésta, y por medio de los partidos comunistas de todo el mundo, se erige también, y al mismo tiempo, en un dictador internacional. Para mantener esta dictadura personal, Stalin se apoya en una maquinaria de terror policiaco.

b) *Noción del comunismo en un país*. De acuerdo con el marxismo clásico, el comunismo solamente puede establecerse en términos y contexto de una Revolución Mundial. En un mundo en que prepondera el sistema capitalista, no es posible, según la ortodoxia marxista, establecer el comunismo en un solo país. No es posible la coexistencia de países capitalistas y países comunistas.

Ya hemos visto que Lenin, manteniéndose todavía adherido a esta doctrina original del marxismo, le impone una modificación, al considerar que de todas maneras es necesario que un país sirva como base de operaciones para la Revolución Mundial, y que en él se ensaye el comunismo lo suficiente —aun cuando no pueda realizarse por completo— para servir de ejemplo o modelo a los demás.

Como heredero del marxleninismo, León Trotski sostuvo la prioridad de la Revolución Mundial y la imposibilidad de edificar el "socialismo" en un solo país. Este fue uno de los puntos de más violenta divergencia suya con Stalin. Porque éste sí creyó posible tal cosa, y se dedicó con todo empeño a lograrla. Para ello, sin embargo, era necesario acelerar, a alta presión, la industrialización y colectivización de la URSS. Y a ese efecto los sucesivos Planes de Cinco Años, la liquidación

de los *kulaks*, la estricta reglamentación del trabajo obligatorio, la colectivización a toda costa de las granjas agrícolas y otras medidas que caracterizaron el régimen del georgiano.

c) *Mesianismo modificado*. Stalin capta y aprovecha la idea mesiánica que ya encontramos tanto en Marx como Lenin, pero que con el segundo ha sufrido ya una primera modificación. Stalin le impone una segunda. En efecto, con él ya no se trata del mesianismo del proletariado mundial (Marx) ni del proletariado ruso *encabezando* el mesianismo mundial obrero (Lenin), sino simple y llanamente del mesianismo del *pueblo ruso*. Esta noción, sin embargo, no es nueva. Se trata del antiguo populismo eslavo. De esa noción muy rusa de que los eslavos tienen una misión y un destino histórico: realizar la salvación del mundo. Y no sólo es una noción antigua, sino típicamente religiosa. Es la idea rediviva de la Santa Rusia, el Pueblo-Mesías, el nuevo Israel.

La noción, pues, de *pueblo ruso*, sustituye en el apocalipsis comunista el concepto marxista clásico del proletariado internacional. Ahora ese Pueblo-Mesías, Nación Elegida, salvará al mundo del pecado de la propiedad privada y del Diablo del capitalismo burgués. Establecerá un reino universal, con Moscú como la nueva Sión. O la nueva Bizancio. Porque bajo Stalin, el comunismo soviético se presenta como un bizantinismo retardado. Y así como Hitler aspiró, en cierto sentido, a la restauración del Sacro Imperio Romano Germánico, Stalin representa el esfuerzo por edificar el Sacro Imperio Bizantino Ruso.

d) *Revolución mundial: inversión de términos*. No ha renunciado Stalin a la Revolución Mundial, es cierto. Pero ahora los términos están invertidos. Con Marx, la Revolución Mundial es un fenómeno efectivamente *mundial*, y se concibe en lo posible como un movimiento simultáneo en todos o al menos en la mayoría de los países. Con Lenin, según hemos visto, la Revolución Mundial principia en Rusia y de ahí se

extiende a todo el mundo. Pero la Revolución Mundial es el *fin*, y Rusia el *medio*, si se quiere el principal medio, pero siempre sólo un medio.

Con Stalin, por el contrario, Rusia es el fin supremo: la Revolución Mundial es solamente el medio de colocar a Rusia en la cumbre del poderío mundial. Mientras los militaristas alemanes en la Primera Guerra Mundial, y Hitler definitivamente en la Segunda, levantan como lema: *Deutschland über alles* (Alemania sobre todos), Stalin tiene su propio lema, que es la réplica del anterior: *Rüßland über alles* (Rusia sobre todos).

En otras palabras, con Stalin reaparece un nuevo nacionalismo: el rusosoviético. Ya no interesa en sí la implantación del comunismo en otros países, sino sólo a condición de que sirva a los intereses nacionales de la URSS. Reaparece con ello el patriotismo como virtud comunista, siendo así que un principio se había repudiado como una abominación burguesa. Con mucha cautela, pero como obedeciendo a un plan concreto se empieza a glorificar a los grandes héroes nacionales rusos de antaño, aunque hayan sido señores feudales, burgueses y hasta zares. Lo que importa es que fueron patriotas rusos que lucharon y trabajaron por la grandeza de Rusia.

O dicho de otro modo, el marxleninismo se ha convertido francamente en un nacionalcomunismo. Y como es un nacionalcomunismo *ruso*, claro está que entra inmediatamente en pugna con otros nacionalcomunismos. Este es, en el fondo, el motivo de la pugna irreconciliable con la Yugoslavia comunista de Tito. Porque Tito ha tenido la misma idea que Stalin, la de un comunismo nacional. Pero es obvio que los nacionalismos siempre tienden a chocar entre sí, no importa cuál sea, desde el punto de vista filosófico-social, la doctrina que sustenten. Y ni siquiera importa, como en este caso, que esa doctrina sea esencialmente la misma.

e) *Efectos de la guerra mundial*. El proceso de nacionalización o "rusificación" del comunismo, se aceleró con la Segunda Guerra Mundial. Y a este respecto es muy revelador el cambio que de la noche a la mañana imprimieron los comunistas de todo el mundo, obedeciendo las directivas de Moscú, en su manera de designar la Segunda Guerra Mundial. En los buenos tiempos del pacto germano-soviético, la desesperada lucha de Inglaterra, Francia y otros países occidentales por resistir al nazismo, recibió de los comunistas la despectiva calificación de: "Guerra imperialista". Pero desde el día siguiente a la repentina agresión de Hitler contra Rusia, dicha guerra se convirtió, para los dictadores ideológicos del comunismo, y sus obedientes seguidores de todo el mundo, nada menos que en "La guerra *patriótica* de la URSS".

Fue entonces cuando, en medio de la crisis originada por el ataque nazi, se reveló la verdadera índole del nacionalcomunismo estalinista. Se difundió por toda la URSS un simbolismo patriótico en vez del antiguo simbolismo marxista. Sobre los ejércitos flameó la bandera rusa en vez de la antigua bandera rojinegra del proletariado internacional. Y el himno patriótico ruso sustituyó, sin pena ni remordimientos, a "la Internacional". Como ha dicho muy bien Berdiaeff, uno de los primeros en señalar esa transformación: "El marxismo rusificado se convirtió en nacionalcomunismo".

f) *Restauración del viejo imperialismo de los zares*. Una vez lanzado Stalin por el camino del nacionalismo ruso, el siguiente paso era lógico e inevitable: la aparición de un imperialismo, que no era más que el antiguo imperialismo zarista, sólo que rebautizado y con nuevo uniforme. Pero ahora se trataba de un imperialismo más agresivo y con mayores ambiciones. El zarismo aspiraba a dominar la Europa oriental y Asia. Pero el imperialismo nacional comunista se lanzaba a dominar el mundo.

Esto dio origen a una nueva línea o consigna en el terre-

no de la Historia. Se reformaron a toda prisa los libros de texto, se produjeron al vapor películas cinematográficas, todo ello con objeto de exaltar la grandeza de Rusia. Se llegó, inclusive, a la glorificación oficial de caracteres de la oscura época feudal de la nación, como Iván el Terrible y Pedro el Grande.

Pero hay otra diferencia con el antiguo imperialismo de los zares. El imperialismo nacionalcomunista cuenta con agentes internacionales diseminados por todo el mundo. Tal es, ahora, el papel real de los partidos comunistas en las diversas naciones. Ya no es en ellos, si es que la hubo alguna vez, la vieja, conmovedora adhesión al proletariado, a las masas oprimidas. Ya no la antigua pasión por la justicia social. Ahora los partidos comunistas son simples oficinas auxiliares de las embajadas soviéticas, simples agencias de una potencia extranjera, tentáculos del imperialismo novísimo de la URSS.

A estos partidos, acostumbrados por Marx al internacionalismo auténtico, no les está permitido el patriotismo. Es decir, el patriotismo con referencia al país del cual sus miembros son ciudadanos y en el cual operan. El único patriotismo que se les permite, es, aunque parezca una anomalía en quienes no son rusos, el patriotismo ruso. Los demás patriotismos son un estorbo para la política internacional de la URSS. Los partidos comunistas de otros países deben actuar pues, poniendo por encima de todo los intereses nacionales, no de su propio país, sino de la Santa Rusia.

Por otra parte, a estos partidos, acostumbrados por Lenin a seguir las directivas de Moscú, pero solamente para el triunfo de la causa del proletariado mundial, se les sigue exigiendo todavía obediencia ciega, absoluta, a las consignas emanadas de aquel centro directivo. Pero ahora es para hacer triunfar la causa política de la URSS, aunque en algún caso llegue a significar traición a los intereses de un proletariado nacional.

Como se ve, nos encontramos ya a una enorme distancia del marxismo clásico, ortodoxo, y aun del marxleninismo.

2) *Hacia la franca repudiación de Marx*. Ya durante la época de Stalin, sobre todo en sus últimos tiempos, y esto ha seguido sucediendo después, hasta nuestros días, entre las grandes fotografías de tamaño heroico en que se acostumbra representar a los personajes más altos, a los semidioses del comunismo soviético, el retrato de Carlos Marx casi ha desaparecido por completo. Claro está que ahora ha desaparecido también el retrato de Stalin, que ha sido sustituido por el de Jruschov.

Es un hecho que en vida de Stalin, y obedeciendo a la lógica interna del nacionalcomunismo establecido por él, se inició la postergación de Marx, como fuente doctrinal del movimiento. Un artículo de Maximilien Rubel: "Marx, autor maldito en la URSS", aparecido en el número de marzo-mayo, 1953, de los *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, número 1, reunía indicios reveladores de un hecho que parece inaudito: la repudiación de Marx en la URSS.

Rubel da datos como los siguientes: D. V. Riazanov, fundador del Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú en 1922, y director de la edición monumental de las obras de Marx y Engels, fue expulsado del Partido Comunista en 1931, y según parece liquidado posteriormente. V. Adoratzki, su sucesor, fue suspendido en 1935, y de hecho quedó suspendido el plan de la edición y el trabajo del Instituto.

Por otra parte, de las obras de Marx se expurgaron algunos pasajes importantes, que en alguna forma contradecían las nuevas orientaciones del estalinismo. Por ejemplo, sus "Revelaciones sobre la historia de la diplomacia en el Siglo XVIII". ¿Por qué esta publicación? Porque en ella Marx condenaba enérgicamente la política expansionista y anexionista del zarismo. Ahora bien, es justamente esta política la que Stalin desenterró, desempolvó, barnizó de lemas y colores nuevos, y

volvió a poner en práctica. Tan es así, que al fin Stalin mismo rompió el fuego contra Marx. En una "Carta", publicada en mayo de 1941, el dictador atacó la tesis antizarista de Marx y Engels, e hizo de hecho el panegírico del zarismo y de su política imperialista. Ciertamente que mencionaba solamente a Engels, y así daba las apariencias de estar solamente atacando a éste. Pero de hecho, estaba refutando al propio Marx.

Esta repudiación más o menos abierta, pero muy principalmente disimulada, de las grandes doctrinas fundamentales del marxismo, tenía por objeto dejar despejado el camino para todos los cambios que los nuevos directores de la URSS quisieran imprimir a la nación. Puesto que ahora se trataba, ya no de proclamar y llevar a cabo una tesis filosófica, política, social y económica, con ideología bien definida, sino de promover los intereses nacionales de un país, toda doctrina de esa índole resultaba un obstáculo.

Porque cuando se trata de intereses nacionales, es necesario que la política exterior tenga suficiente elasticidad para plegarse a las circunstancias. Ya desde la iniciación de la revolución de Octubre, y hasta cierto punto en la dirección misma de Lenin, había significados elementos de oportunismo. Con Stalin, esto se recrudeció, y se convirtió más o menos en la línea oficial de acción. La fidelidad rigurosa a las doctrinas de Marx impedía esa elasticidad.

3) *Otros aspectos del nacionalcomunismo soviético.* Es importante apuntar, por lo menos, algunas de las consecuencias del nacionalcomunismo —nueva doctrina política de la URSS— en relación con algunos aspectos importantes de la cultura y de la vida de la nación.

El nacionalcomunismo ha continuado suprimiendo la libertad. Sólo hay libertad para obedecer. En esto sí que ha sido fiel a las consecuencias últimas del marxismo clásico. Porque como dice Bamford Parkes: "La negación de los derechos del individuo en la Unión Soviética, y la creencia de que el in-

dividuo puede ser sacrificado siempre que los intereses de la colectividad parezcan requerirlo, son consecuencias necesarias del materialismo de la filosofía marxista”.

Lo que sí hizo Stalin, llevándoles hasta un grado que llamaríamos “científico”, fue perfeccionar los sistemas policíacos de la represión.

Por debajo de todo, el nacionalcomunismo ha pretendido seguir siendo fiel a los ideales democráticos. Esto lo han continuado los actuales sucesores de Stalin. El totalitarismo soviético se disfraza bajo formas democráticas. Subsisten, como esqueletos sin realidad, los soviets del pueblo. También hay elecciones: un solo candidato y la obligación de votar por él en las urnas. Al régimen de terror se le denomina represión del libertinaje, con el objeto de defender la libertad. Y a los vástagos del totalitarismo soviético en otros países, se les llama “democracias populares”.

Ese totalitarismo rige también en la cultura. En la ciencia, el arte, la historia, la filosofía y otras disciplinas del conocimiento humano, se han hecho seguir forzosamente las consignas políticas. Todo en estos campos de la investigación, está dictado o sujeto a la más rigurosa censura.

En cuanto a la guerra, es bien sabido que el nacionalcomunismo ruso profesa un falso pacifismo. Los comunistas han usurpado los lemas, el nombre y la representación de la causa, en sí nobilísima y justa, de la paz. Pero un examen minucioso del “pacifismo” soviético, revela que en el fondo, no se condena la guerra en sí y bajo toda circunstancia. Se condena la guerra solamente cuando son otros países los que la hacen, o cuando apelan a ella para defenderse.

Las proposiciones de desarme mundial, con que de tiempo en tiempo aparece la URSS en las conferencias internacionales, están hábil y cuidadosamente formuladas, de tal manera que si se aceptaran tal como son, sería la fuerza militar de los otros países, pero no la de la URSS misma, la que re-

sultaría más debilitada. En suma, se aboga por la paz y se propone el desarme universal, pero siempre en tal forma que la primera signifique de parte de los otros países el abandono de sus planes defensivos, y el segundo deje de todas maneras en pie la supremacía militar de la URSS. Pero siempre que sus intereses anden de por medio, éste no ha vacilado en provocar, recomendar y apoyar las guerras y aun las agresiones abiertas como en los casos de Corea e Indochina.

En cuanto a la actitud del nacionalcomunismo hacia la religión, no se han abandonado los antiguos lemas marxistas. Pero dicha actitud ya no tiene el carácter tan acentuado de antagonismo activo. El nacionalcomunismo ha atenuado el carácter de religión *ersatzs*. El móvil político es ahora predominante. En un tiempo se siguió la política de Lenin que antes describimos. Luego se vino a adoptar más bien la política fascista, que consiste, no en atacar ni perseguir ni destruir la religión, sino en someterla "domesticarla" y aprovecharla políticamente. Sólo se persigue a los elementos religiosos que no se prestan a servir de instrumentos o auxiliares del Estado totalitario.

Dicho cambio se acentuó especialmente durante la guerra. Las masas populares, frente a la agresión nazi y a los sufrimientos indecibles que ésta les impuso, se volvieron hacia la religión, y en esa forma se echó de ver casi de golpe, que el sentimiento religioso no había desaparecido de ellas, a pesar de 25 años de ofensiva antirreligiosa oficial. Además, las iglesias de todas las denominaciones en la URSS, se solidarizaron con el pueblo en la defensa nacional. Por su parte, el gobierno soviético, dándose cuenta de que los jefes religiosos tenían todavía influencia y preponderancia entre las masas, procuró estimular sus actividades en ese sentido. "Prejuicio burgués" o no, los gobernantes de la URSS se dieron cuenta de que el sentimiento religioso era un poderoso motor de voluntades, y se apresuraron a utilizarlo para fortalecer la deter-

minación del pueblo de resistir a la agresión nazi hasta lo último.

Bajo Stalin apareció una nueva Constitución de la URSS. Y en ella se establecía la "libertad religiosa". ¿Pero qué clase de libertad religiosa era? Como en el caso de España, se trata solamente de una libertad para profesar y practicar, privada y personalmente, la religión. Pero no hay libertad para su enseñanza y propagación, y aun la libertad de cultos está restringida.

A este respecto, quisiera yo, por ser de justicia, llamar, sin embargo, la atención a un hecho indudable: las iglesias evangélicas disfrutaban en la URSS de mayores libertades, a pesar de las restricciones ya mencionadas, que en España. La URSS concede libertad religiosa, aunque restringida, para todos los credos. En España, sólo disfruta de libertad completa la religión católica, y los demás credos simplemente se *toleran*. Y esta tolerancia, como es bien sabido, ha sido simplemente el precio mínimo que el régimen del generalísimo Franco se apresuró a pagar, con tal de recibir la ayuda económica de los Estados Unidos de América. Y aun esa tolerancia de libertades mínimas para los protestantes españoles, ha sido severamente criticada por los jerarcas de la Iglesia Católica Romana en aquel país.

Volviendo a la URSS, otro de los aspectos de la política religiosa del nacionalcomunismo es el fomentar, tanto como sea posible, la formación de iglesias nacionales adictas al régimen soviético. Para ello, los comunistas, que si fueran fieles a Marx deberían comprender la razón del internacionalismo religioso, o sea, la solidaridad internacional de quienes pertenecen a un mismo credo, se oponen acremente a toda relación de las comunidades religiosas de la URSS con sus correligionarios de fuera del país. Se trata de preservar su aislamiento, a fin de mantenerlos mejor bajo el dominio del Estado. Y esto ha significado la condenación abierta del ecume-

nismo, ya se trate de los vínculos de las congregaciones católicas de la URSS con el Vaticano, o de la solidaridad fraterna de las comunidades evangélicas y ortodoxas griegas, con el movimiento cristiano mundial no católico, representado por organizaciones como el Concilio Mundial de Iglesias.

4) *Conclusión.* La muerte de Stalin, la aparición en un principio del llamado "régimen colectivo" y la nueva dictadura personalista que hoy ejerce Jruschov, no han modificado en sus lineamientos esenciales, la posición y la índole del comunismo soviético. Cierto es que, por razones circunstanciales y de táctica, Jruschov y los suyos denunciaron violentamente a Stalin y lo que dieron en llamar el "culto a la personalidad". Pero esos son conflictos puramente internos, y verdaderamente de *personalidades*. El nacionalcomunismo, según la gran desviación del marxismo clásico, instaurada por Stalin, continúa en pie.

Estamos en presencia de un fenómeno nuevo, de un poderoso movimiento político de nueva fisonomía. Estrictamente hablando ya no es marxismo ortodoxo, ni comunismo propiamente dicho, ni bolchevismo genuino ni aun siquiera sovietismo auténtico. Es un movimiento nacionalista *ruso*, agresivamente expansivo. Es el nacionalcomunismo imperialista de la URSS. Y esto —no la doctrina marxista en sus tesis originales— lo que la conciencia cristiana tiene delante hoy.

III

EL COMUNISMO Y LA REVOLUCION CRISTIANA

1. *Relación entre cristianismo y comunismo.*

El cristianismo y el comunismo ¿son aliados? ¿Son enemigos? ¿Tienen contactos y afinidades? ¿Sustentan divergencias fundamentales? ¿Puede una persona ser a la vez cristiana y comunista? Todas éstas son cuestiones que es inevitable plantearse ante el espectáculo del mundo actual.

En México, en Colombia, en España y en algunas otras partes, la propaganda católica romana ha llegado a afirmar que los cristianos evangélicos somos comunistas o hacemos el juego al comunismo. Por su parte, hace algunos años, el líder Vicente Lombroso Toledano, cuya posición comunista es ya bien conocida, llegó a hablar de "la mano tendida" del comunismo al cristianismo. En México, han sido de radicales de izquierda, algunos de ellos comunistas o de tendencias comunistas, las únicas voces que en el medio secular han protestado por las persecuciones de protestantes a manos de grupos de fanáticos católicos.

En Francia, el prometedor movimiento de los "sacerdotes obreros" acabó por ser suspendido por la jerarquía eclesiástica. Dícese que esto se debió a que algunos de dichos sacerdotes dieron la impresión —o por lo menos así se les presentó— de estar adoptando en cuestiones sociales y obreras, posiciones de izquierda peligrosamente próximas a las de los comunistas.

En los Estados Unidos, ya es usual que se lance el cargo de comunistas o "rojos" a los cristianos de cualquiera denominación, pero especialmente de las iglesias evangélicas, que alcen la voz en favor de la justicia social.

No obstante las confusiones y malas interpretaciones que reinan en el asunto, queda en pie la cuestión. ¿Hay afinidad, luchan en el fondo por la misma causa, el cristianismo y el comunismo? Por otra parte surge la cuestión opuesta: ¿Son enemigos el cristianismo y el comunismo?

Desde luego, el anticomunismo militante de la Iglesia Católica, no deja lugar a dudas sobre la respuesta categórica que ella da a la cuestión. Y es de notarse que su ataque al comunismo es más violento que al fascismo u otros sistemas opresores de la personalidad humana. Seguramente esto se debe al hecho de que el comunismo es en el fondo ateo y materialista, por tanto, enemigo declarado de toda religión, incluso y principalmente del cristianismo, en tanto que el fascismo y otros sistemas semejantes, suelen darse apariencias de religiosidad, o por lo menos, establecer transacciones y aun alianzas con las fuerzas religiosas. Bajo esa política, disimulan su índole y posición también atea, por lo menos en la práctica. Hay que recordar que en un principio el nazismo se presentó como un campeón de lo que se dio en llamar "cristianismo positivo".

Lo cierto es que el comunismo soviético se ha declarado a sí mismo, según ya vimos, desde sus primeras fuentes marxistas, enemigo acérrimo de la religión. Ya hemos visto también que su actitud frente a ésta varía según las circunstancias y las oportunidades, sin dejar de ser irreconciliablemente opuesta. En ese sentido, la categórica respuesta de la Iglesia Católica Romana es más que justificada. Sin embargo, no se estaría en la verdad si se dijera que entre el cristianismo y el comunismo hay una completa contradicción en todos los

puntos. La verdad de las cosas es que existen entre ellos tanto contactos y afinidades, como divergencias fundamentales.

Es muy importante advertir, no obstante, que cuando se habla de una oposición esencial entre el comunismo y el cristianismo, es necesario hacer aclaraciones, a fin de que no se entienda con ello que ambos sistemas son de la misma índole y se encuentran en el mismo plano. El comunismo es, primaria y directamente, una doctrina económica, social, política y filosófica. Su preocupación principal es la forma en que han de organizarse los sistemas de producción de artículos necesarios para la subsistencia y desarrollo de la sociedad, las estructuras sociales económicas y políticas que para ese objeto deben erigirse y el tipo de relaciones que deben existir entre los diversos grupos que forman la comunidad. Como es una doctrina materialista, da por no existentes las realidades que trascienden el plano puramente humano.

El cristianismo, por su parte, no es en primer término una doctrina económica, social, política o filosófica. Es primariamente una doctrina *religiosa*. Su ámbito, terreno y asunto propio, es el de las relaciones del hombre con Dios. Tiene que ver a fondo, con los problemas trascendentales del dominio que el mal ejerce sobre el género humano, y del camino para liberarse el hombre de él. En términos teológicos, los problemas del pecado y de la redención.

Esto no quiere decir, como veremos después, que el cristianismo sea ajeno a los problemas económicos, sociales, políticos y filosóficos con que el hombre se enfrenta. Lo único que se quiere decir, es que no es ese su campo primario de acción. Tiene implicaciones muy claras, en nuestro concepto, en el terreno económico, social, político y filosófico. Pero esas implicaciones son derivadas. Se derivan de las relaciones que el hombre tiene con Dios.

Por consiguiente, cuando se habla de oposición entre comunismo y cristianismo, es menester, insistimos, tener presen-

te esta fundamental diferencia en la índole de los dos sistemas. Estrictamente hablando, no se trata de dos teorías rivales dentro del mismo campo. Sería mucho mejor, nos parece, hablar de "intersecciones", más bien que de oposiciones, y de "paralelismos", más bien que de acuerdos o afinidades.

La preocupación dominante del cristianismo es la persona humana, sus relaciones con Dios y las consecuencias que de esas relaciones se derivan, tanto en su propia vida y situación, como en sus relaciones con las demás personas. La preocupación dominante del comunismo, repetimos, está constituida por las formas de producción y la estructura de la sociedad. La piedra de toque que el cristianismo pone a las tesis comunistas, es siempre, y fundamentalmente, la manera como resultan afectadas por ellas la persona humana y las relaciones de ésta con Dios. Cristianismo y comunismo se mueven en realidad en dos planos distintos, sólo que esos planos se intersectan en algunos puntos, que para el cristianismo son de suma importancia.

a) *Paralelismos*. Cuando se trata de ciertos ideales, metas o fines, pueden señalarse algunos paralelismos entre el comunismo y el cristianismo. Pero al decir esto nos referimos al comunismo en sus orígenes, o sea, al movimiento marxista clásico. Pues para éste, el fin último es establecer un orden social justo, la abolición de la explotación del hombre por el hombre, una era de igualdad, de fraternidad, de paz y de bienestar general. Naturalmente, el cristianismo está de acuerdo con esa meta, porque es una de las metas que él mismo se propone en cuanto al orden social.

Pero cuando se trata del comunismo soviético, en la forma nacionalista que antes hemos definido, y en el cual el fin supremo es la exaltación de un país y de un pueblo sobre los demás, es decir, una forma de imperialismo, indudablemente que el cristianismo es ajeno a esos objetivos. Y en cuanto la realización de éstos afecta el bienestar de las sociedades hu-

manas y las buenas relaciones internacionales, indudablemente que se opone a ellos.

b) *Intersecciones y divergencias fundamentales.*

1) En primer término, el cristianismo rechaza el materialismo comunista, como rechaza todos los materialismos. Detrás de los elementos materiales del mundo, concibe a Dios como el creador de ellos. Por consiguiente, no les atribuye una existencia y una acción autónomas, independientes por completo de su Creador y de las leyes que son expresión de la voluntad divina.

2) El cristianismo rechaza, naturalmente, el ateísmo comunista. Todo en el cristianismo, según dijimos antes, gira en torno de la realidad de Dios, de su amor al hombre, de su revelación en Jesucristo, y de la reconciliación consigo mismo que ofrece en Jesucristo. Estas y otras doctrinas, que forman el cuerpo de enseñanza del cristianismo, son para él realidades religiosas fundamentales.

3) El cristianismo rechaza las violencias. No cree que a los hombres se les pueda hacer buenos o felices por la fuerza, y que la paz pueda establecerse mediante la violencia.

4) El cristianismo y el comunismo se hallan en profunda divergencia en cuanto a la índole verdadera y la raíz última del mal. Para el comunismo el mal está en la forma y sistema de los medios de producción: el pecado original es la propiedad y administración privada de ellos. El cristianismo es realista. No se hace ilusiones. Para él el sistema económico es obra del hombre. El hombre no es el producto del sistema económico. El mal —el pecado— es en su esencia última una rebeldía, una desobediencia, el desconocimiento de Dios y de su amor y voluntad. Todos los males sociales, incluso los sistemas económicos injustos, son resultado y producto del pe-

cado del hombre. Obra de su egoísmo, de su ambición, de su falta de amor.

Es decir, para el cristianismo, la raíz del mal no está en el sistema externo según el cual se rige la sociedad. La raíz del mal está en el corazón de hombre. Radica más hondo que en el simple acto o manifestación externa. Este es el mensaje, sobre todo, del Sermón del Monte, y particularmente del capítulo 5 de San Mateo. El odio equivale al asesinato; la lujuria, al adulterio, etc. Para el cristianismo el mal radica más que en los actos o circunstancias externas, en la naturaleza íntima y dañada del hombre. "Del corazón procede lo malo", dijo categóricamente Jesucristo (Mt. 15:19).

Esto no significa que no haya sistemas malos que deban sustituirse por sistemas mejores, o reformarse de un modo más o menos radical. Esos cambios de los sistemas podrán ayudar a mejorar al hombre, ya que éste, obviamente, es influido por su medio ambiente y por las formas sociales bajo las cuales vive. Pero significa, eso sí, que para extirpar el mal, hay que ir más la fondo del problema.

5) Como lo ha hecho ver el eminente pensador protestante suizo Denis de Rougemont, la gran cuestión es si hay que cambiar primero el mundo para que cambie el hombre, o cambiar al hombre para que cambie el mundo.

Hay una indudable reciprocidad, una interacción entre el hombre y su medio. Pero el medio social, y en gran parte el medio físico, son transformados por la acción del hombre. En último análisis, pues, el medio social, las instituciones, los sistemas, las formas de vida, *formas y medios de producción*, son obra del hombre. Por lo tanto, ante el comunismo que dice: "Cambiad el mundo, cambiad el sistema social, y cambiará el hombre", el cristianismo sostiene: "Cambiad al hombre, y solamente así cambiará el mundo".

No es posible construir un palacio de mármol con adobes o ladrillos. Los planos del ingeniero podrán ser excelentes,

la competencia de los arquitectos indiscutible, los diseños del edificio perfectos, pero si no se construye con mármol, el edificio no será nunca de mármol. Quiere decirse que un mundo nuevo solamente puede construirse con hombres nuevos. Un mundo en que no exista el mal, sólo puede edificarse con hombres en cuyo corazón haya sido extirpado el mal. La transformación del mundo sólo puede tener lugar con hombres transformados, o, dicho en los términos de la teología cristiana, *regenerados*.

Como decía otro pensador suizo, Enrique Federico Amiel: "Mejorad al hombre, haceldle más justo, más moral, más humilde y más puro; ésta es la única reforma sin inconveniente correlativo. Las instituciones sólo tienen el valor del hombre que las aplica... Todo lo que podemos esperar de las instituciones más perfectas, es que permitan a la excelencia individual producirse, pero no que produzcan el individuo excelente. La virtud y el genio, la gracia y la belleza, serán siempre una nobleza que no podrá fabricar ningún régimen" (*Diario*, I, 161; II, 56).

c) *El comunismo como teoría económica, no es en sí incompatible con el cristianismo*. Al abogar por la propiedad social o común de los medios de producción, el comunismo no choca con ninguna de las doctrinas auténticas y esenciales del cristianismo. Se ha dicho que porque el cristianismo ordena: "No hurtarás", la inviolabilidad de la propiedad privada es una doctrina cristiana capital. Pero ya anteriormente hemos hecho notar la diferencia que existe entre la propiedad privada de los medios de producción social, y la propiedad particular. Es para esta segunda, para la que el cristianismo, y no sólo él, sino todos los sistemas de ética del mundo, proscriben el hurto o la enajenación.

Pero doctrinalmente, el cristianismo no está indisolublemente unido a la propiedad privada de la tierra o de ningún otro medio esencial de producción. Y la prueba es, como di-

jimos antes, que existen formas cristianas de comunidad de bienes. Y esto llega a veces aun más allá de la propiedad común de los medios de producción. La Iglesia Cristiana primitiva practicó la comunidad de bienes. Las órdenes monásticas llevan dicha comunidad inclusive hasta la propiedad particular.

Es menester a este respecto despejar una grave confusión. La doctrina típicamente cristiana sobre la propiedad, no es la de la propiedad privada a todo trance, como tampoco es la de una comunización o colectivización forzosa de la propiedad. La doctrina típica cristiana sobre la propiedad, es la *mayordomía*. Es la doctrina de que todas las cosas, inclusive los hombres mismos que las poseen, pertenecen a Dios, y han sido puestas al cuidado del hombre, para que las administre como un mayordomo, dedicándolas a fines benéficos, no sólo en un sentido egoísta, sino principalmente en un sentido social. Y que como *mayordomo de Dios*, el hombre tiene que rendir cuentas de todo al Dueño de todo.

Esto quiere decir que el cristianismo no está necesariamente identificado con un sistema económico particular. Ni con el capitalismo ni con el comunismo ni con cualquiera otra forma de organización social. Sus demandas no son de índole técnica económica, sino de índole moral y espiritual. Lo que le preocupa es *cómo es tratada la persona humana* dentro de un sistema económico, sea éste el que fuere en cuanto a su forma externa de organización. Y lo cierto es que la persona humana puede ser explotada, oprimida, atropellada bajo el mejor de los sistemas económicos. El cristianismo tiene que estar fundamentalmente opuesto a cualquier sistema en que tal cosa suceda.

El cristianismo no es una ciencia económica. Ya dijimos antes que tiene implicaciones que afectan la vida económica. Pero no postula un sistema económico determinado. En cuanto al sistema económico, el cristianismo no dogmatiza, no dice:

debe ser éste o debe ser aquel otro. Sólo dice: debe ser el mejor. Y por mejor entiende aquel que entrañe y signifique mayor justicia; el que mejor funcione para el efectivo bienestar humano; el que mejores oportunidades ofrezca para que el hombre viva plenamente su vida como criatura de Dios. En cuanto a cuál sea la mejor organización para ese objeto, la ciencia de la economía es la que debe resolver.

Aquí nos encontramos frente a un caso semejante, pongamos por caso, al de la ciencia médica. El cristianismo no dice cuáles son las mejores medicinas o los mejores tratamientos médicos para una enfermedad. Eso corresponde a los doctores. Pero lo que el cristianismo dice, eso sí, es que el médico no debe tratar al enfermo como un simple "caso", como un mero objeto de "práctica" y mucho menos como una fuente de explotación. El cristianismo le dice al médico que, al aplicar los conocimientos que su ciencia le dicta, debe tratar al enfermo como un ser humano, como una persona que no es organismo físico nada más, como un semejante que no sólo tiene necesidad de que se le atienda su dolencia corporal, sino de que se le comprenda, consuele y conforte en espíritu.

d) *El desacuerdo con el comunismo no significa adhesión o identificación del cristianismo con el capitalismo.* Y esto es algo que debe entenderse con toda claridad. Desde el punto de vista del cristianismo hay mucho que decir como crítica del sistema capitalista. La ciencia de la economía está ya señalando las fallas de este sistema, entre otras, la llamada "maldición de la abundancia" y la de la escasez alternando, las crisis periódicas de desempleo, la tendencia a los monopolios y a las grandes concentraciones de riquezas, etc.

Pero este es otro tema. Baste decir que el cristianismo también tiene reproches que hacer al sistema capitalista. Porque también bajo dicho sistema hay materialismo, predominio del móvil de lucro, ambición de ganancias como suprema motivación. También bajo el capitalismo puede considerarse al

trabajador como un simple instrumento de producción, igual que lo trata el comunismo, si se sustenta la idea de que el trabajo está al servicio del capital, en vez de que el capital esté al servicio del trabajo. Y en algunas de sus formas, el capitalismo no otorga suficiente valor y dignidad al trabajo y a la persona humana.

Aunque el sindicalismo ha logrado corregir, o por lo menos contener, muchos abusos, y el capitalismo al presente tiende a domesticarse y humanizarse, el cristianismo le sigue diciendo a dicho sistema, como a todos los sistemas materialistas, cualquiera que sea la forma en que organicen los medios de producción: "La vida del hombre no consiste en la abundancia de bienes que posee" (Lc. 12:15).

e) *El comunismo, herejía cristiana.* Desde el marxismo, el comunismo ha incorporado ciertos elementos de origen cristiano. Como dice Bamford Parkes: "Y si los habitantes de la Unión Soviética son todavía capaces de energía moral y de sacrificio propio, es a causa de aquellos aspectos del marxismo que se tomaron de la tradición cristiana: su presuposición, derivada del cristianismo al través del liberalismo, de que la libertad y la igualdad son buenas, y su fe metafísica, derivada del cristianismo al través de Hegel, en un progreso necesario hacia un reino de libertad".

En Marx encontramos el aliento de los viejos profetas de Israel. Ecos de la voz de Amós denunciando la opresión. La insistencia de Marx en la dignidad del trabajo (aunque él la exagera en el campo de la economía) es una idea cristiana, una noción que se deriva de la contemplación del Cristo obrero, de su ejemplo y sus enseñanzas. La solicitud de Marx por los pobres y los oprimidos, es de indudable, aunque no confesada, inspiración evangélica. Aunque hay comunistas que creen que el aforismo: "El que no trabaje, que no coma" es de origen marxista, lo cierto es que se trata de una cita de

San Pablo: "Si alguno no quisiera trabajar, tampoco coma" (2 Ts. 3:10).

"Bien podríais —dice Arnold Toynbee— llamar al marxismo una herejía cristiana, una hoja arrancada del libro del cristianismo y tratada como si fuera todo el Evangelio".

Al postular Marx un reinado venidero de justicia, fraternidad y felicidad para el género humano, nos está dando una versión del Reino de los Cielos, del Reino de Dios en la tierra, que es una de las doctrinas centrales del cristianismo. Pero es una versión secularizada, despojada por completo de su trascendencia sobrenatural. Lo que Marx propone es establecer el Reino de Dios en la tierra ¡pero sin Dios y por la fuerza!

2. *La revolución cristiana.*

Decía yo en mi primera conferencia, que además de entender cuál es el verdadero problema y dilema del mundo actual, y de conocer lo más a fondo que se pueda lo que es en verdad el comunismo, es de suma urgencia avivar nuestra conciencia de las implicaciones sociales del Evangelio y recobrar su aliento transformador y revolucionario para aplicarlo a nuestra época. Esto demanda un estudio a fondo y muy detenido. Sería tema, no para parte de una conferencia, que es la que nosotros podemos asignarle aquí, sino para toda una serie de conferencias.

Vivimos en una época revolucionaria por excelencia. Por todas partes están teniendo lugar profundos cambios económicos, sociales y políticos. Es de verdadera urgencia precisar, tanto cuanto sea posible, cuáles han de ser, a la luz de la doctrina genuinamente evangélica, la actitud, el papel y la contribución de los cristianos. Dentro de los límites de estas conferencias, lo único que nosotros podemos hacer es ofre-

cer simplemente algunas reflexiones, a todas luces insuficientes, sobre el tema, pero que esperamos que puedan servir por lo menos de orientación o incitación a un estudio más profundo de la cuestión.

Primeramente, espiguemos en las páginas de las Sagradas Escrituras algunas de las declaraciones en las cuales se expresa esta potencia transformadora y revolucionaria del Evangelio.

Es, por ejemplo, toda una proclama revolucionaria la que encontramos nada menos que en el *Magnificat*, ese efusivo salmo de la Doncella de Nazaret que vino a ser madre de Jesucristo: El Señor —dice María en su cántico— quitó de los tronos a los potentados y ensalzó a los humildes; sació de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías” (Lc. 1:52-53).

Contra la acumulación egoísta de riquezas, dice Cristo en el Sermón del Monte: “No acumuléis para vosotros tesoros en la tierra... mas acumulad para vosotros tesoros en el cielo” (Mt. 6:19, 20).

El apóstol Santiago denuncia las injusticias y desigualdades sociales con vibrantes palabras: “Vuestras riquezas se han podrido, y vuestras ropas están apolilladas. Vuestro oro y vuestra plata se han enmohecido, y su moho servirá de testimonio en contra de vosotros, y comerá vuestras carnes como fuego. Os habéis allegado tesoro para los días postreros. He aquí el jornal de los obreros que hicieron la recolección de vuestros campos, el cual les fue defraudado por vosotros, clama; y el clamor de los que segaron ha penetrado en los oídos del Señor de los Ejércitos. Habéis vivido en la tierra regaladamente y en disolución; habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza. Habéis condenado, habéis muerto al justo, al indefenso” (Stg. 5:2-6).

Y en varios lugares de su valiente denuncia del orden económico y social de sus tiempos, clamaba el profeta Amós:

“Vendieron por dinero al justo y al pobre por un par de zapatos. . . Atesoran rapiñas y despojos en sus palacios. . . Oprimís a los pobres. . . Despedazáis a los menesterosos. . . Convierten en ajeno el juicio y dejan por el suelo la justicia. . . Vejáis al pobre, y recibís de él carga de trigo; edificasteis casas de sillares. . . plantasteis hermosas viñas. . . Afligen al justo y reciben cohecho, y hacen que los pobres pierdan en el tribunal su causa. . . ¡Corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo!. . . Y el Señor dice: ‘He aquí pongo plomada de albañil en medio de mi pueblo. . . no le pasaré más. . .’. Oid esto, los que os tragáis a los menesterosos y arruináis a los pobres de la tierra, diciendo: ‘¿Cuándo pasará el mes, para que vendamos el trigo; y la semana, para que abramos (los almacenes) del pan y achiquemos la medida, y aumentemos el precio, y alteremos las pesas falsas, para comprar a los pobres por dinero y a los necesitados por un par de zapatos, y para que vendamos hasta la paja del trigo?’ El Señor juró. . .: ‘No me olvidaré nunca de todo lo que han hecho. . . Aunque cavaren hasta lo más profundo de la tierra, de allá los tomará mi mano; y si subieren hasta el cielo, de allá los haré descender’. . . He aquí vienen días, dice el Señor, en que el que ara alcanzará al que siega, y el pisador de las uvas al que lleva la simiente; y los montes destilarán mosto y todos los collados se derretirán. . .”

Pocas veces, si acaso, en proclamas revolucionarias de cualquier tiempo y país, se han pronunciado palabras más ardientes de indignación contra la injusticia social. Pero como hemos visto por la última cita de Amós, en las Sagradas Escrituras no solamente se condenan los males sociales, la opresión y la injusticia, sino que también se anuncia el advenimiento de un Nuevo Orden. El profeta Isaías describe así esa etapa del futuro, una de cuyas características será la paz: “El lobo y el cordero pacerán juntos; el león comerá paja como el buey. . .” (Is. 11:6). “Y volverán sus espadas en rejas de

arado, y sus lanzas en hoces; no alzaré espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra. . . Porque he aquí yo crío nuevos cielos y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento (Is. 2:4; 65:17).

Y en el Apocalipsis se nos da la siguiente descripción de esa nueva edad: "Y oí una gran voz del cielo que decía: 'He aquí Dios ha establecido su morada con los hombres, y habitará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos y será su Dios. Y enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte; ni habrá más duelo ni llanto ni opresión; porque las cosas de antes pasaron (Ap. 21:3, 4).

¿Qué clase de revolución, de maravillosa revolución es ésta, mediante la cual Dios mismo establecerá un nuevo orden que varones inspirados por él describen una y otra vez, con tan admirables palabras?

a) *Es una revolución que empieza en el corazón del hombre.* Hay que notar, primero que todo, que no se trata de un proceso evolutivo, sino de una verdadera *revolución*. Un cambio profundo, una transformación que alcanza hasta lo más íntimo del ser y de la vida. Aun sin seguir considerando al generalísimo Chiang-Kai-Shek, como el gran revolucionario que fue en un principio, sin embargo, por haber expresado una gran verdad, podemos recoger de sus labios estas palabras: "La Revolución comienza con el corazón".

La revolución cristiana se inicia en el corazón del hombre, en el momento en que la potencia divina opera en él un cambio completo, una *regeneración*. Es la inserción de una vida nueva en él. Es lo que en términos teológicos se denomina "nuevo nacimiento". En otras palabras, el Cristo-Espíritu, toma posesión del corazón humano, y lo transforma.

b) *Es una revolución radical.* Radical, quiere decir literalmente, hasta la raíz. Si la raíz verdadera del mal y de las

injusticias sociales está en el corazón humano, entonces la revolución cristiana es la única verdaderamente radical. Es este *radicalismo* del Evangelio el que no advierten los no cristianos, y aun muchos cristianos, que creen que el cristianismo es *conservador*. Por el contrario —repetimos— la revolución cristiana es la única revolución verdaderamente radical.

Las demás revoluciones —políticas, económicas, culturales, etc., se quedan cortas en las transformaciones que demandan. Resultan superficiales e incompletas, porque se conforman con imprimir cambios a las estructuras externas de la sociedad, a las formas de gobierno, y a las maneras de organizar la producción. El radicalismo cristiano persigue al mal hasta sus últimas y más profundas madrigueras. La obra de la gracia de Dios en el corazón humano lo expulsa de ellas.

Para expresar este cambio profundo y total que tiene lugar en el interior del ser del hombre, las Sagradas Escrituras hablan de "un nuevo corazón". Y más todavía, de "un nuevo hombre". "Les daré un corazón, y pondré en su interior un espíritu nuevo; y quitaré de su cuerpo el corazón de piedra, y les daré un corazón de carne", son las expresivas palabras que el profeta Ezequiel pone en labios de Dios (Ez. 11:19).

Todas las reformas de instituciones, de sistemas, de estructuras, de formas de organización de la sociedad, son inútiles sin esta transformación radical del corazón humano, porque el egoísmo y la maldad del hombre echan a perder el mejor sistema económico. No hay sistema alguno a prueba de egoísmo. Para cada invento de seguridad se acaba por inventar el modo de vulnerarlo. El mejor sistema económico y social puede prestarse a la opresión y a la explotación.

c) *Es una revolución desde arriba*. El mal, del cual, en último análisis, proceden todas las injusticias sociales, está tan atrincherado en las honduras del corazón del hombre, que para sacarlo de ahí se necesita una potencia superior. Una potencia más fuerte que la educación. Por no decir, mucho más

fuerte que la simple intimidación de las leyes y de los castigos. El mensaje del Evangelio es claro y categórico a este respecto. Solamente el poder de Dios puede operar en el corazón que se presta a ello, esa radical transformación.

A esa transformación se refiere Cristo en su memorable entrevista con el sabio Nicodemo. Y cuando le dice que es necesario "nacer de nuevo" (Jn. 3:3) esta expresión, en el original griego del Evangelio, puede también traducirse "nacer de arriba", "de lo alto". Podríamos decir, pues, utilizando, aunque en un sentido trascendental, una conocida expresión, que esta revolución interior que el Evangelio proclama, es una "revolución desde el Poder". Dios es el supremo revolucionario del espíritu.

d) *Es una revolución hacia afuera: social.* Pero si esta revolución empieza ahí, no se queda encerrada en el interior del hombre. Se proyecta hacia afuera. La revolución individual, personal, se transforma necesariamente, si ha sido genuina, en un impulso de revolución social. La verdadera piedad cristiana se entrega activa y abnegadamente a luchar y trabajar por la justicia, por el bienestar del prójimo, por la redención de la comunidad.

Escribía una vez Juan Wesley: "El Evangelio de Cristo no conoce otra religión que la *social*, ni otra santidad que la *santidad social*". Y añadía: "Dad libertad a quien tiene derecho a la libertad, es decir, a todo hijo de hombre, a todo el que participa de la naturaleza humana... ¡fuera con todos los látigos, todas las cadenas y todas las opresiones!" Aquel en quien realmente se ha operado esta profunda revolución interior, no puede menos que convertirse en un cruzado contra la injusticia social y contra todos los males que corroen el cuerpo de la sociedad. Tuvo mucha razón el gran estadista francés Clemenceau, cuando dijo: "No hay revolución como la de los cristianos, cuando éstos empiezan a vivir su cristianismo" (Cit. por A. Marichalar, *Revista de Occidente*, sept. 1935).

e) *Es una revolución integral o total.* Otra característica importante de la Revolución Cristiana, es que ningún aspecto de la vida personal, ninguna esfera de la vida de la comunidad, han de sustraerse a esa profunda y radical transformación. Esto se expresa, en términos bíblicos diciendo que nada ha de escapar al señorío de Cristo. Con esto no se quiere decir que tanto el individuo como la sociedad deban ponerse bajo el dominio temporal de la Iglesia o del clero. Se dice: de Cristo. Es decir, de su espíritu, de su Evangelio, de su régimen de amor fraternal, justicia y libertad. Se trata de una revolución que debe transformar la economía, la política, la cultura, las condiciones todas de vida del pueblo, así materiales como morales y espirituales.

En la terminología de las Sagradas Escrituras, esto se expresa diciendo que el plan y el propósito de Dios es "cautivar todo intento a la obediencia de Cristo" (2 Co. 10:5). O también, que el designio final de Dios es "reunir todas las cosas en Cristo" (Ef. 1:10), para que "Dios sea todas las cosas en todos" (1 Co. 15:28).

f) *Es el Reino de Dios o de los cielos.* Es en la doctrina del Reino de Dios, que también se denomina el Reino de los Cielos, en la que se expresan mejor las implicaciones sociales del Evangelio. Son muchos los que creen que con ello se trata de predicar a las víctimas de la opresión y de la injusticia social, una conformidad con el presente orden de cosas, esterilizando en ellos cualquier rebeldía contra la injusticia, con la promesa de que, más allá de la muerte, encontrarán la suprema felicidad. Pero cuando se atiende, no a ideas y conceptos vulgares o tradicionales, sino al texto mismo de las Sagradas Escrituras, se cae en cuenta de que el concepto bíblico verdadero del Reino de Dios, significa precisamente esta revolución a que nos venimos refiriendo.

El Reino de Dios es el estado de cosas en que se acata la soberana voluntad de Dios. Así se dice en la conocida oración:

“Venga a nosotros tu reino: hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”. Esa es la verdadera plegaria evangélica: no tanto el “Llévanos a tu reino cuando nos muramos” sino “Venga a nosotros tu reino”, y eso significa aquí, ahora, sobre la tierra, en esta misma vida. Y si la voluntad de Dios, según lo enseñan claramente las Escrituras, no es el mal sino el bien, no la injusticia sino la justicia, no la mentira sino la verdad, no la opresión sino la libertad, no hay programa más revolucionario que ése: “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”.

Cuando Cristo inicia su predicación en Judea, su mensaje es: “El Reino de Dios ha llegado”. Y en otra ocasión dijo: “El Reino de Dios en vosotros está”. Y aunque esta expresión podría traducirse, según lo proponen algunos exégetas, “entre vosotros está”, de todas maneras significa una realidad presente, contemporánea, no algo que se relega indefinidamente a un futuro remoto. El Reino está ya con nosotros, en nosotros y entre nosotros. Cada vez que se acepta una verdad, que se repara una injusticia, que se corrige un mal social, el reino de Dios avanza sobre la tierra.

g) *Es una revolución permanente.* Si reflexionamos por un momento en lo que esto significa, nos daremos cuenta de inmediato de que se trata nada menos que de una *revolución permanente*. Porque si el cristiano es en realidad fiel a su Señor y al Evangelio, y si se posesiona profunda y ardientemente de lo que en verdad significa el Reino de Dios, bullirá en su corazón eso que podríamos llamar “un divino descontento”.

Mientras la verdad, la justicia, la libertad, la fraternidad, todas esas proyecciones sociales del Reino de Dios en la tierra, no se realicen de una manera perfecta, el verdadero cristiano no podrá nunca dar su aprobación total e incondicional a ningún orden de cosas establecido. Estará siempre en pie de lucha. No adquirirá nunca ningún compromiso de prestar su adhesión incondicional y pasiva a ningún orden de cosas, por mejor que

le parezca. Mientras no se puede decir que el Reino de Dios se ha cumplido, que ya la voluntad de Dios se hace en la tierra como se hace en el cielo, el cristiano verdadero será un perpetuo revolucionario.

h) *Y es una revolución en marcha hacia una consumación triunfal.* Pero no habríamos completado esta sumaria e inadecuada exposición de la doctrina evangélica sobre la Revolución Cristiana, si no señalásemos un elemento de suma importancia en ella. Si bien el Evangelio enseña que desde la venida de Jesucristo el Reino de Dios está ya en marcha sobre la tierra, y que es deber de todos los cristianos ponerse en manos de Dios para que él los utilice en la extensión de dicho Reino, se nos dan seguridades de que, pase lo que pase, y a pesar de todos los contratiempos, este Reino tendrá una victoriosa consumación. El Evangelio anuncia la Presencia triunfante (*parousia*) de Cristo, cuando los tiempos lleguen a su madurez (y de eso no sabemos ni el día ni la hora), la cual se producirá en toda su plenitud, a fin de darle el golpe final a la injusticia y a la maldad entre los hombres, y de establecer su Reino en perfección.

Estamos ya aquí —no hay por qué negarlo— delante de un misterio que pertenece a la esfera de la Revelación y de la Teología. Pero dicho en términos seculares, esto quiere decir —y tal es bajo todos sus símbolos, muchos de los cuales no entendemos por completo, el mensaje del Apocalipsis, el último libro de la Biblia— que a pesar de todo, el bien, la verdad, la justicia, el amor, la paz, todos esos valores, a los cuales cristianos y no cristianos les concedemos sin discusión la primacía, acabarán por triunfar. Tras las sombras más densas de la más oscura noche, amanecerá, tarde o temprano, la luz radiante del Nuevo Día. Y en esa seguridad, se nos llama a cristianos y a no cristianos, a luchar y trabajar con denuedo y abnegación por el triunfo de esos valores, en nosotros mismos y en los demás.

EPILOGO: LA ACCION DE LAS IGLESIAS Y DE LOS CRISTIANOS

1. *El comunismo, un juicio de Dios sobre las iglesias y los cristianos.*

La actitud verdaderamente cristiana hacia el comunismo, no ha de ser —lo hemos dicho muchas veces— puramente negativa ni sólo de oposición. La presencia y actividad del comunismo debería suscitar también entre los cristianos un sentimiento de contrición. Porque este movimiento, con sus aspectos disolventes y amenazadores, que parecen predominar sobre sus aspectos positivos, quizá no habría aparecido, ni se habría convertido en un peligro, si los cristianos hubiésemos sido fieles en el transcurso de los siglos a nuestra vocación revolucionaria.

Pero nosotros mismos hemos neutralizado los fermentos revolucionarios del Evangelio de Cristo de varias maneras. En primer lugar, hemos hecho del Evangelio un simple *ideal*, algo bello pero irrealizable. Nosotros mismos, en nuestra manera de actuar, aunque no lo hagamos de palabra, lo hemos declarado impráctico. De hecho muchas veces nos hemos unido a los que consideran a Cristo como un carácter noble, una personalidad admirable, pero un visionario, un soñador, un utopista.

En segundo lugar, hemos convertido el Evangelio en un rito inmóvil, en un cuerpo de ceremonias estériles. Hemos concebido la *salvación* como algo puramente individual, casi egoísta, sin trascendencia ni responsabilidades en cuanto a la situación de nuestros prójimos en el mundo que nos rodea. Hemos tam-

bién hecho de la Iglesia, de las iglesias, en vez de una fuerza militante, empeñada en una lucha a muerte contra la injusticia, la opresión y los males sociales, en vez de una amiga, aliada y protectora de los pobres, una institución comodina, "respetable", adaptada al medio, parte integrante de la "Buena sociedad", conservadora y anquilosada, satisfecha y próspera. La hemos hecho una parte integral del orden establecido, y naturalmente la hemos colocado muchas veces, por ello, en contra de cualquier esfuerzo de transformación social. Y hasta hemos hecho que la Iglesia entrelace y comprometa sus intereses con los del sistema capitalista, que actúe como aliada consciente o inconsciente de los sistemas y clases que oprimen y explotan al pueblo, y que funcione como una entidad francamente reaccionaria.

Como cristianos —se lamentaba una vez Gabriela Mistral— muchas veces hemos traicionado la causa de los pobres y de los humildes. Nos hemos olvidado de que nuestro Señor fue un obrero, un carpintero humilde y pobre, un proletario. Con mucha razón, en un luminoso ensayo, Nicolás Berdiaeff, que había hecho el camino del marxismo al cristianismo, hablaba de la "dignidad del cristianismo e indignidad de los cristianos".

Así pues, ante el comunismo, los cristianos, la Iglesia, hemos de sentir, ante todo, contrición. Y humillarnos delante de Dios, confesando estas fallas e implorando su perdón. Los cristianos tenemos que sentirnos avergonzados por muchas cosas erróneas que hemos hecho y muchas cosas debidas que hemos dejado de hacer, en cuanto al bienestar de la sociedad. Si los cristianos, ante los problemas que el mundo actual plantea, viviésemos plena y verdaderamente nuestro cristianismo, tal vez el comunismo no habría aparecido ni cobrado tanto poder. Es el vacío que hemos dejado en el cumplimiento de nuestras responsabilidades sociales, el que ha venido a llenar el comunismo. Y lo peor de todo es que lo ha llenado de violencias, de mirajes engañosos y de falsas promesas.

Pero cantado este debido *mea culpa*, mal haremos en seguir cruzados de brazos. Preguntémonos, pues, qué es, de todas maneras, lo que tenemos que hacer.

2. *Debemos crear conciencia entre nosotros mismos de nuestra vocación revolucionaria.*

Ya lo dijimos antes: debemos recobrar el aliento revolucionario del evangelio y sacudir nuestro sopor y complacencia. ¿Cómo? En primer lugar, hemos de dedicarnos a estudiar de nuevo y a fondo el mensaje bíblico en cuanto a los males sociales y nuestra responsabilidad cristiana. Debemos orientar el culto, la devoción y la adoración, la meditación, el recogimiento, la oración, hacia una más profunda consagración de nuestra vida al servicio de Dios y del prójimo, y hacia una comprensión más profunda de lo que esa consagración implica en términos de una actividad militante, práctica y abnegada en pro de la justicia y el bienestar sociales. Debemos hacer un estudio tan solícito y completo, inteligente y empeñoso como se pueda, de las condiciones económicas y sociales del medio en que vivimos, y de las necesidades y los problemas de nuestras masas populares. Y en todo esto hemos de pedir a Dios que nos ilumine y guíe, que nos señale nuestras responsabilidades concretas como hijos y testigos suyos, y como prójimos de aquellos que sufren desigualdades, injusticias y opresiones.

3. *Debemos esforzarnos por obtener una comprensión clara y concreta de los principios cristianos en su proyección y aplicación a esos problemas y necesidades.*

Necesitamos, en otras palabras, elaborar una plataforma de postulados sociales cristianos. Esto, por supuesto, se ha hecho

ya varias veces. Existen varios documentos de esa índole, pronunciados unas veces por alguna iglesia, otras veces por grupos de iglesias. Sin intentar presentar una declaración completa, que sustituya a esos documentos, nos permitimos ofrecer enseguida, por lo menos como resumen, algunas sugerencias.

Decimos *principios*, porque no se trata de un plano detallado de un nuevo edificio social, un esquema preciso y minucioso. Eso sería formular una utopía. Y el cristianismo evangélico no es utopía. Cristo no nos dejó delineado un sistema social específico. Nos dio principios fundamentales, fermentos dinámicos, operando los cuales en cada generación, cada época ha de elaborar de nuevo las formas concretas que esos principios y fermentos podrían producir dadas las condiciones que en cada época predominan. Los sistemas han de variar forzosamente, adaptándose a las circunstancias y demandas de cada etapa y de cada país o medio social en el curso de la Historia. Si Cristo hubiera formulado un plan concreto y detallado de esa índole, indudablemente que habría tenido que ser algo adaptado a la situación del tiempo en que vivió, y muy pronto ese plan habría resultado anacrónico. Esos principios podrían enumerarse de la manera siguiente:

a) *La vida del hombre no consiste sólo en la satisfacción de sus necesidades biológicas, sino en realizar en sí el propósito divino* (Mt. 4:4; 6:31-33). Esto significa la supremacía de lo espiritual. La consideración del hombre en su totalidad, pero de acuerdo con una jerarquía de valores, en que lo espiritual —esa realización del destino del hombre como criatura de Dios, objeto de su amor, llamado a la comunión con él— es lo primero. Esto es lo que, en términos del Evangelio, significa el mandato de Cristo: "Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia".

Las necesidades físicas (económicas) son importantes y deben recibir atención. El cuerpo es base y condición de los pro-

cesos mentales y espirituales. Por consiguiente, sus necesidades deben ser atendidas. Pero el cuerpo no es la causa determinante de esos procesos. De la misma manera, la economía es base y condición de la sociedad, y merece atención; pero no constituye la esencia última de la comunidad humana. Del destino del hombre, del fin para el cual Dios lo ha creado, del designio que el amor de Dios tiene para él, emana su valor. Y de allí nuestro segundo principio:

b) *Valor supremo, en la vida social, de la persona humana.* Este principio significa que bajo ningún sistema el hombre ha de ser considerado como un simple instrumento de producción, una bestia de trabajo, una fuente de explotación. El hombre es un ser con una vocación divina, y es precisamente por esto por lo que la explotación económica, y más todavía, algo de lo cual muy poco habla el comunismo, su explotación moral, resulta el crimen de los crímenes. No sólo ha de condenarse la explotación de una clase por otra, sino literalmente, toda explotación del *hombre por el hombre*. Esto quiere decir que la justicia social es más, mucho más que la simple justicia económica. En el ámbito social, el hombre no debe ser un simple medio para que los otros hombres realicen fines egoístas.

c) *Relaciones humanas basadas en la fraternidad.* Otro principio evangélico es el de la solidaridad *humana*. Es decir, no solamente una solidaridad de raza, de nación o de clase social, sino una solidaridad que trascienda todas esas demarcaciones. Los hombres han de constituir —porque tal es el designio final de Dios— una sola familia. No hay razón para perpetuar las desigualdades de nacimiento. Y aunque no se trate de establecer entre los hombres un igualitarismo mecánico de rasero, la igualdad de oportunidades es un requisito de toda sociedad feliz. Esto significa la abolición de los privilegios indebidos e injustos, de tal manera que solamente subsistan aquellos privilegios que no entrañan violación de persona y derecho ajenos, sino que se basan en el servicio, el trabajo y la

contribución que un hombre haga a la vida de la comunidad.

d) *Cooperación en vez de conflicto y libre competencia.* La sociedad es como un organismo. Ese concepto lo hallamos muy claramente expuesto por el apóstol Pablo en su Epístola a los Romanos. Y aunque él se refiere principalmente a la Iglesia, si se considera que la Iglesia debe ser un modelo de sociedad, ese concepto podría hacerse extensivo a la sociedad misma. Concebir la sociedad como un organismo, significa la condenación del egoísmo no sólo individual sino nacional, racista, clasista, aristocrático, o de cualquier otra índole, que erija a un grupo humano cualquiera, por extenso que sea, en una especie de isla hostil a los demás. Condenar la lucha entre individuos, que Nietzsche consideraba como la esencia de la vida en sociedad, y la lucha de clases, que para Marx era el motor de la Historia, significa, yendo más allá, condenar también la lucha entre las naciones y las razas, reprobar el nacionalismo y el imperialismo agresivos. Exaltar la cooperación en vez de la libre competencia, significa condenar el móvil de lucro, y sustituirlo por el del servicio y el bienestar común. Eso resuelve el antagonismo tradicional entre el individuo y la sociedad, entre la libertad personal y el bienestar colectivo. Porque según eso, se aboga por el pleno desarrollo de la persona sólo para mejor servir al bien común.

e) *La propiedad, la riqueza y la pobreza.* Ya antes dijimos que la doctrina cristiana sobre la propiedad no es la de la propiedad privada de los medios de producción, sino de la *mayordomía*, y que esa doctrina se extiende, más allá de los medios de producción, para abarcar aún la propiedad particular. En otras palabras, la propiedad privada de toda índole tiene una función social. Es una custodia para el bien común. La riqueza no es un mal absoluto en sí, pero entraña mayor peligro, tentación y responsabilidad.

Los requisitos cristianos para la adquisición de la riqueza,

podrían definirse bajo dos aspectos: adquisición justa y empleo en bien de la sociedad. Es el mal uso, más que la posesión en sí de las riquezas, lo que se condena. Debe renunciarse a ella cuando se convierte en ídolo, en ama y tirana, en un dios (Mammón). Es el amor al dinero y no el dinero en sí, lo que es pecado. A este respecto habría que recordar el episodio del joven rico, la parábola del ojo de la aguja, y el antagonismo que Cristo marcó entre Dios y Mammón.

Pero la pobreza en sí no es una virtud. La miseria también puede ser obstáculo al desarrollo espiritual. Puede hundir al ser humano en el peligro y la tentación de la desesperación, la blasfemia y la aniquilación moral. La mayoría de los delinquentes proceden de las clases acomodadas o de las clases muy pobres. Esto quiere decir que tanto la miseria como la ociosa abundancia, son inconvenientes para el desarrollo de la personalidad. El Evangelio proclama la solicitud por los pobres, porque son los más necesitados, los que sufren más. Pero también proclama la emancipación psicológica de la pobreza, la liberación de la congoja. Es más, entraña su liberación económica. Porque como ha dicho muy bien E. Stanley Jones, las "buenas nuevas a los pobres" de que habla el Evangelio, incluyen también "que dejarán de ser pobres".

f) *Reconocimiento de las vocaciones.* Otro de los principios del cristianismo, en que particularmente hizo hincapié la Reforma protestante, es el de que todas las vocaciones tienen igual dignidad si están al servicio de Dios y del prójimo. No hay vocaciones inferiores. Un ejemplo de esto es la dignificación del trabajo manual y del trabajo en general. Una falsa interpretación del texto bíblico en Génesis 3:19, entendió el trabajo como una maldición. Pero la maldición no consistió en el trabajo en sí. Porque en el relato del Génesis se dice claramente que cuando Dios puso al hombre en el jardín del Edén, fue "para que lo labrara y lo cuidara" (Gn. 2:15). La maldición consistió en el esfuerzo estéril, en la tarea penosa y en la

fatiga. Pero desde un principio aparece en las páginas bíblicas el trabajo como una vocación.

Y la vocación no es simplemente una inclinación o actitud personales. Vocación quiere decir *llamamiento*. Y según el cristianismo ese llamamiento procede de Dios. Las vocaciones son llamamientos divinos. Y es esto lo que las hace igualmente dignas.

La mejor sociedad será aquella que conceda a todos los que la forman, sin excepción, la más amplia oportunidad para realizar su respectiva vocación. Y hay vocación individual y vocación colectiva. Cada grupo o clase de los que constituyen la comunidad, tiene un llamamiento que obedecer, un destino y una función que cumplir. Y lo mismo puede decirse de las naciones en la comunidad internacional. Como llamamientos de Dios, todas las vocaciones tienen, bajo su infinita variedad, un mismo sentido, y han de dirigirse al mismo objetivo, que podrían definirse en las palabras con que Cristo definió su propia vocación: "No para ser servido, sino para servir" (Mt. 20:28).

g) *La libertad como condición indispensable de un orden social justo*. El cristianismo proclama la libertad, pero no como un fin en sí ni como una categoría absoluta. Se trata esencialmente de libertad para realizar nuestra vocación y responder al propósito divino. Y tiene como condición, el que se ejerza con un profundo sentido de responsabilidad social. Porque sólo existe verdadera libertad donde la libertad es común y donde hay mutuo respeto de las libertades y derechos de cada uno.

Esa libertad tiene varios aspectos. Es libertad de conciencia, pensamiento y religión. Libertad de la congoja económica, mediante un mínimo de bienestar y de seguridad social. Libertad de la ignorancia, o en otras palabras, el derecho a la educación. Libertad de la opresión, lo cual quiere decir gobierno propio y vida democrática.

Y puesto que el cristianismo exalta a la persona humana

como el valor social supremo, el concepto cristiano de la democracia no reduce ésta a una simple cuestión de mayoría. No se trata de la imposición del número, sino del respeto a la persona humana. Las mayorías también pueden ser injustas en lo que hacen y estar equivocadas en lo que opinan. La dictadura de las mayorías no es democracia auténtica. Una verdadera democracia es aquella en la cual las minorías culturales, étnicas, religiosas o de cualquiera otra clase, disfrutan de plenos derechos, y gozan de la consideración y el respeto de las mayorías. Y esto puede decirse también respecto de los individuos.

Pero la libertad esencial que el cristianismo proclama, es la libertad moral y espiritual, que consiste en emanciparse del poder del mal y del dominio del oscurantismo. "Todo aquel que comete pecado —dijo Cristo— es esclavo del pecado" (Jn. 8:34). Quien vive bajo esa tiranía jamás puede disfrutar plenamente de ninguna de las otras libertades. El Evangelio anuncia que dicha libertad se encuentra en Cristo. "Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres" (Jn. 8:36). Y el apóstol Pablo proclama, con efusión, "la libertad con que Cristo nos hizo libres" (Gál. 5:1), a la cual llama "la libertad gloriosa de los hijos de Dios" (Ro. 8:21).

h) *La ley suprema del amor.* Cuando el cristianismo proclama el amor como la ley suprema, en la cual se encuentra el cumplimiento implícito de todas las leyes, establece cuál ha de ser la inspiración y motor esencial de la perfecta sociedad. Desgraciadamente, cuando se ha hablado del amor a este respecto, se le ha dado una acepción puramente sentimental. Pero el amor que el Evangelio proclama no es sólo un vago sentimentalismo. En primer lugar, el apóstol Pablo dice que el amor debe abundar más y más en "ciencia", en conocimiento, en sabiduría (Fil. 1:9). Se trata además de un amor activo, y no de lo que Maritain llama con acierto "menosprecio caritativo". Es un amor que se expresa en una labor constante y valerosa en favor del bien. Y ese amor está ligado profundamente a la pa-

sión por la justicia. La justicia es el mínimo que exige el verdadero amor. Pero éste va más allá de la justicia. Entraña sacrificio.

Por otra parte, no se trata de un amor que se dedica simplemente a aliviar los sufrimientos causados por un orden social injusto. Podríamos hablar también de un amor preventivo: el amor que se entrega ardientemente a remediar las causas del sufrimiento, de la pobreza y de la injusticia, el amor que convierte al cristiano en un cruzado de la justicia social.

i) *La paz*. Este es otro de los grandes principios cristianos, pero como los demás, tampoco debe entenderse en un sentido pasivo y negativo. No se trata de conservar la paz "a toda costa". No nos es lícito preservar la paz pagando por ella precio de mentira o de injusticia. La paz tiene que venir, ante todo, como una consecuencia de la justicia, y por consiguiente, la mejor manera de trabajar por la paz, es trabajar por la justicia.

Tampoco es la paz algo que puede imponerse. La paz que se impone o mantiene por la fuerza no es verdadera paz.

Pero hay que decir también que la paz que el cristianismo proclama es ante todo una paz interior. Es la paz del que se mantiene en buenas relaciones con su conciencia, con Dios y con su prójimo. Sólo el que disfruta de esta paz interior está capacitado para trabajar de una manera eficaz y fructífera por la paz entre los hombres. Porque en el fondo, los conflictos entre los hombres obedecen a que éstos, viviendo en luchas y conflictos interiores, desgarrados por sus propias pasiones y egoísmos, proyectan este conflicto interior hacia la comunidad en que viven. Por decirlo así, trasladan sus conflictos internos a sus relaciones con sus prójimos.

Esto quiere decir que las causas de las guerras, aunque el factor económico interviene decisivamente en ellas, no son puramente económicas. Hay en las guerras profundas causas morales y espirituales, que es menester también atacar, a la vez

que se trata de remediar los males económicos que contribuyen tan indudablemente a los conflictos.

4. *Acción evangelizadora y acción social.*

La principal tarea de la Iglesia, como una comunidad de cristianos, es *producir* hombres nuevos como material de construcción —digámoslo así— del nuevo orden, y prestar su decidida cooperación en toda tarea de edificación social. En la base de esa tarea se encuentran la proclamación del Evangelio de la redención personal —invitar a los hombres a aceptar a Cristo para ser transformados radicalmente por él— y la educación cristiana como un medio de formar personalidades en las cuales se refleje el carácter de Cristo.

Pero es menester también que los creyentes —hombres regenerados— se organicen para una acción positiva en pro de la transformación social. Esto significa una participación activa como individuos o como equipos, células o comandos, en la promoción activa de todo lo que sea justo. Los cristianos deberían estar en primera línea en todas las buenas causas, llevando a ellas el espíritu de Cristo, atacando de raíz los males sociales, trabajando por mejorar los sistemas o las instituciones, y promoviendo incansablemente las reformas sociales más urgentes.

No debe haber ningún conflicto entre la acción social y la acción evangelizadora de los cristianos. No son más que dos aspectos de una misma comisión.

Conclusión. De toda la exposición que hemos hecho, llegamos a la conclusión de que el papel actual de la Iglesia y los cristianos, no es dejarse arrastrar a una cruzada anticomunista de orden político o a conflictos entre poderes internacionales. No es dejarse convertir en una agencia de propaganda de simples intereses nacionalistas, o un parapeto de determinado ré-

gimen económico. Su papel consiste en cumplir con su propia vocación revolucionaria, en buscar la transformación del hombre, y mediante la acción organizada de los creyentes, procurar activamente la transformación de la sociedad.

Cristo mismo ha dado a los cristianos su orden de marcha, cuando les ha mandado "buscar primeramente el Reino de Dios y su justicia". Por cuanto el cristiano busca la soberanía de Cristo, como Señor de la vida del hombre y de la sociedad, y esta soberanía significa el imperio pleno del bien, la verdad, la libertad, el amor, y la justicia, no puede hacer las paces jamás con ningún orden social presente o futuro, que produzca, aliente o consienta la maldad y la injusticia, la mentira y la opresión. Su vocación es servir a la Revolución. A la Revolución Permanente del Espíritu.

I N D I C E

INTRODUCCIÓN

El dilema del mundo actual	7
----------------------------------	---

I

El comunismo según el marxismo clásico	21
--	----

II

Del marxismo al nacionalcomunismo ruso	46
--	----

III

El comunismo y la revolución cristiana	71
--	----

EPÍLOGO

La acción de las iglesias y de los cristianos	91
---	----

Esta edición de 3,000 ejemplares, se terminó de imprimir el día 20 de agosto de 1960, en los talleres litotipográficos de la Editorial Jákez, calle de González Bocanegra No. 80, México 2, D. F.

